A. Lemaire S.J.

OFICIO DE LOS PADRES Y DE LOS MAESTROS EN LA EDUCACIÓN DE LA PUREZA

COLECCIÓN
AMOR, MATRIMONIO, FAMILIA
VOLUMEN VI

OFICIO DE LOS PADRES
Y DE LOS MAESTROS
EN LA EDUCACIÓN DE LA PUREZA

COLECCIÓN "AMOR, MATRIMONIO, FAMILIA"
VI

OFICIO DE LOS PADRES Y DE LOS MAESTROS EN LA EDUCACIÓN DE LA PUREZA

por A. LEMAIRE, S. J.

Versión del francés
Segunda edición

EDITORIAL EUGENIO SUBIRANA, S. A.
Puertaferrisa, 14, entlo.
BARCELONA
1942

NIHIL OBSTAT

El Censor: Dr. Cipriano Montserrat Roig, Pbro.

Barcelona 25 de agosto de 1942.

IMPRÍMASE

EL VICARIO GENERAL,

Dr. Juan Serra, Chantre.

Por mandato de Su Señoría,

Dr. Luis Urpí Carbonell, Maestrescuela,

Canciller-Secretario

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT 1936 BY
EDITORIAL EUGENIO
SUBIRANA, S. A. ::

13057. — Imprenta Subirana. — Barcelona

PREFACIO

El presente volumen contiene, sobre todo, tres conferencias dadas por el autor a los padres de los alumnos del Colegio del Sagrado Corazón, y a los maestros y maestras de la región de Charleroi.

La educación de la virtud de la pureza es siempre un problema de solución difícil: sus varios aspectos son tan delicados que, con frecuencia, los padres y los maestros quedan perplejos frente a su solución.

Llamado por su cargo a estudiar la cuestión, el autor ha creído conveniente, considerando el interés del tema, dar a su palabra la difusión del libro. Se sentiría muy dichoso si los educadores hallasen en estos discursos sugestiones capaces de ilustrarlos en su noble misión.

Algunos, familiarizados con la experiencia, pensarán tal vez que ciertas ideas, enunciadas en las dos primeras conferencias, merecen ser tilda-

das de vulgaridad. Ha de tenerse en cuenta que, estando compuesto el auditorio por padres poco versados en los problemas especiales de la pedagogía, convenía recordar principios que, a los ojos del iniciado, parecen elementales.

Respecto a la tercera conferencia, que fué pronunciada en ocasión de la jornada médicopedagógica organizada, el 6 de noviembre de 1932, por la Sociedad Médica de San Lucas, en Charleroi, cierto número de oyentes expresaron al autor el deseo de verla publicada.

I

Colaboración de los padres y de los maestros

Señoras y Señores :

La virtud de la pureza o de la castidad es la que regula el uso de los goces de la carne conforme al orden de la naturaleza y a las exigencias de la ley de Dios. Antes del matrimonio, consiste en la abstención total de ese género de placeres.

Entre todas las disciplinas, la educación de la pureza es la más delicada, la más difícil y la más importante.

Es también aquella en que se hace más necesaria y deseable la colaboración de padres y maestros, mediante un acuerdo previo acerca del fin y de los medios.

¿Tendré que hacer delante de vosotros el elogio de la pureza? Vista la concordancia que entre nosotros reina en este punto, sería tiempo perdido

y trabajo superfluo: bástame recordaros que ha de ser objeto común nuestro el preservar la juventud de todo contacto impuro y conservarla casta en pensamientos, palabras y obras.

En esta materia, más que en cualquiera otra, corren grande riesgo los intereses de su porvenir temporal y eterno. Me abstengo, pues, de insistir.

Quisiera, no obstante, responder a una objeción algo corriente entre cierto público: se acusa a veces a los maestros católicos de dar exagerada importancia al problema de la pureza. Se dice: «A fuerza de hablar de ella, ¿no se consigue acaso convertir esta cuestión en una obsesión turbadora? Y, por lo demás, un pecado contra la castidad no es más grave, en igualdad de circunstancias, que otra violación cualquiera de los mandamientos de Dios».

Sería, en verdad, peligroso fijar excesivamente la atención de los niños en esta virtud; sería un error el deformar, por una excesiva insistencia, su delicada conciencia; ese escollo procuran en general evitarlo los colegios cristianos; pero, entre la exageración de pensar siempre en eso y la exageración de no pensar nunca, hay el justo

término medio, que, sin plétora de palabras, forma el alma del niño con el hecho y el ejemplo: más vale obrar que hablar.

Por lo demás, el demonio de la impureza, como león rugiente, anda siempre alrededor del alma de nuestros hijos, con afán de arrebatarla; y siendo como es la pureza una virtud difícil de guardar, es preciso que padres y maestros, obrando de común acuerdo, desplieguen sus energías y su diplomacia, a fin de defenderla y formarla.

Dejando de lado toda especulación, penetro sin rodeos en el aspecto práctico de mi asunto, y divido en tres categorías los medios que han de emplearse en la educación de la pureza.

Existen *medios humanos positivos, medios humanos negativos,* y *medios sobrenaturales.*

I

Medios humanos positivos para la educación de la pureza

Entiendo por medios humanos positivos la enseñanza especial que hemos de dar a nuestros hijos, o, más exactamente, la formación del carácter, que guarda de las caídas y fortalece contra la tentación.

El primero de esos medios es la *educación del pudor*.

Es el pudor una natural reserva que inspira alejamiento de todo lo que puede ofender la decencia; es también un instinto de defensa, una reserva delicada y prudente, que detiene los ojos, las manos y la lengua en toda tentación de curiosidad o en toda osada expresión del sentimiento; lleva consigo la dignidad de las palabras y el respeto de sí mismo en las actitudes del cuerpo; manifiéstase en el continente correcto, en la modestia del vestido, en el comportamiento irreprochable.

El pudor es, en verdad, el natural guardián de la virtud de la pureza.

Los padres han de inculcarlo en los hijos desde la más tierna edad.

Parece difícil fijar, en esta materia, entre padres y maestros, puntos comunes de colaboración, que exijan un contacto directo.

La virtud del pudor irá elaborándose de la mejor manera posible en la atmósfera de la familia y en la del colegio.

En la familia, el buen ejemplo de los padres; la atención constante de la madre a no permitir ataque alguno contra la decencia ni palabra alguna atrevida, y a prevenir cualquiera inmodestia en el vestido; la prudencia no debe jamás tolerar, por la mañana y al acostarse, la presencia simultánea de hermanos y hermanas en traje de noche: todos ellos son medios eficaces para inculcar el pudor.

En el colegio, vigilantes y profesores tienen, respecto a esta virtud, una misión importante y casi cotidiana: en el patio, el porte distinguido de los alumnos y las manos fuera de los bolsillos; en el estudio y en la clase, la posición recta del

cuerpo, las manos sobre el pupitre, y evitar todo abandono en la posición; seriedad cuando un texto o una explicación pueda prestarse, aunque sea de lejos, a una interpretación dudosa. Todo puede contribuir a realzar el respeto y secundar la práctica de esta noble virtud.

El segundo medio humano es la *educación de la sinceridad*.

La sinceridad, es decir, la rectitud de conciencia y su expresión verdadera, es, en la formación de la castidad, necesaria desde un doble punto de vista.

Es, efectivamente, imposible que un joven, acostumbrado desde su edad primeriza a la sinceridad consigo mismo, con Dios y con los hombres, pueda soportar por largo tiempo, si llega a sucumbir, la idea de un doble juego, es decir, ser corrompido en la intimidad de su vida y practicar externamente la hipocresía de la pureza.

El gran remedio, a la vez preventivo y medicinal, de los pecados de impureza, como veremos más abajo, es la sagrada Comunión. Pues bien, la Comunión, para ser dignamente recibida, supone, cuando hay confesor a mano, una confe-

sión sincera. Acostumbrado de siempre a la lealtad franca, el joven se acusará sin reticencia de las faltas de su alma, y hallará en esa manifestación el perdón de lo pasado y la victoria del porvenir.

La manera de inculcar esta virtud es, para padres y maestros, el observar siempre y exigir a su vez la más entera franqueza.

Mentir al niño es enseñarle la costumbre de la duplicidad.

Tendrán, pues, los padres gran empeño en decir siempre la verdad en presencia suya; en familia, en sociedad, en todas partes, hay que respetar, por atención a él, las leyes de la sinceridad; y conviene asimismo castigar en él toda tentativa de mentira o de engaño.

A los maestros se les ofrecen mil ocasiones para poner de relieve la excelencia de la franqueza y la fealdad de la mentira. «¿Por qué no sabes la lección? ¿Has metido alboroto? ¿Quién ha hablado en las filas?» Y cien preguntas parecidas. Para poner a prueba la sinceridad del alumno, será bueno no hacer pregunta alguna más que cuando se conoce por otro conducto la respuesta,

y, en caso de duda, informarse con los padres.

Cuando, en caso de falta o de delito, el mismo culpable se denuncia, será entonces oportuno elogiar su lealtad y sobreseer el castigo.

¿Pueden los padres y los maestros colaborar en la formación de esta virtud?

De mil maneras. — Dar un volante de falsa excusa para librar de un castigo; justificar una ausencia o un retraso con una razón falsa; condescender con la pereza del niño para engañar al profesor, constituyen, por parte de los padres, faltas imperdonables, que infiltran, en el espíritu del joven, el veneno de la mentira.

Padres y maestros, en toda circunstancia, han de darse palabra de obrar los unos con los otros, y respecto del niño, con sinceridad absoluta.

Digamos algo, en tercer lugar, sobre el grave problema de la *iniciación*.

Llámase así la enseñanza directa encaminada a abrir los ojos de los niños acerca del misterio de la generación.

Esta cuestión, infinitamente delicada, exigiría ella sola una larga conferencia. En la indicación de los medios de educar la pureza, no me es po-

sible eludirla, pero, ¡ay!, la escasez de tiempo no me permite hacer hoy otra cosa que rozarla.

Resúmese todo el problema en la alternativa siguiente: ¿la enseñanza directa del misterio de la generación han de darla brutalmente pequeños corruptores, o bien procurarla prudentemente la diligencia paterna?

Plantear la cuestión equivale a resolverla.

Los padres tienen, pues, con exclusión de cualquiera otra persona, el derecho y el deber de enseñar a sus hijos las cosas indispensables, relativas al misterio de la vida. Ninguna duda tiene.

Pero ¿cuándo y cómo hay que proceder a ello?

Problema angustioso, al cual se han dado diversas soluciones.

En el estado actual de corrupción de costumbres, parece que los educadores están de acuerdo en declarar que nunca se ha encontrado joven alguno a quien haya sido perniciosa la luz comunicada con prudencia y lealtad, al paso que se cuentan numerosas víctimas de lo que se llama *método del silencio*.

¿Cuándo será la hora de hablar?

Depende del ambiente en que el niño vive, de

los camaradas que lo rodean, de las preguntas que hace, de las curiosidades que expresa...

«¡Si os dijera — escribe el Dr. Good — que, en una estadística de más de 4,000 casos de vicio secreto que he podido recoger gracias a observaciones hechas desde el punto de vista médico, he hallado que 45 por 100 empiezan a tener este vicio entre los once y los dieciocho años, 24 por 100 entre siete y nueve años, 12 por 100 antes de siete años!»

M. Compayré asegura que el momento propicio para la primera introducción del niño o del adolescente en la vida sexual es aquel en que la perspicacia de los padres descubre fácilmente en sus hijos e hijas una turbación, una inquietud que reclama aclaraciones.

El gran educador Renault escribe: «Creemos que la iniciación ha de empezar en el momento en que el niño hace a sus padres la primera pregunta sobre el origen de los niños».

Un Padre de la Compañía de Jesús, en un opúsculo aparecido hace algún tiempo sobre este tema, escribe: «En resumen, toca a los padres, o, en defecto suyo, a los educadores, juzgar,

según las circunstancias, cuál sea el momento oportuno».

¿Cómo hay que hablar?

Digamos, en primer lugar, que los padres no deberían nunca, en este punto, dar el ejemplo de mentira alguna.

Además, esta iniciación debe siempre ser privada, nunca pública; progresiva, esto es, adaptada a la edad y a la necesidad en que el niño puede encontrarse; sencilla y natural, sin que el que se encarga de ella manifieste turbación, rubor o embarazo; delicada y prudente, sin traspasar la medida de lo necesario y formulando la enseñanza con tacto y claridad; importa, principalmente, que el niño aprenda a distinguir bien entre falta grave y leve.

¿A quién toca hablar?

Al padre, si es discreto y virtuoso, respecto de los niños; y mejor aún a la madre, que tiene más destreza, para los niños y las niñas.

En defecto del padre y de la madre, ¿a quién incumbe este deber? Aquí es donde interviene de nuevo, Señoras y Señores, la colaboración de los padres y de los maestros.

¿Es acaso imposible, si veis con angustia acercarse el momento de hablar, que recurráis a los educadores? Pongo una condición para ello: que ese educador sea sacerdote y que sea capaz de ganarse la confianza de vuestro hijo.

Voy más lejos aún, e imploro aquí, para todo lo que me resta decir, vuestra especial atención.

Supongo, oh madre de familia, que ha notado usted, en las actitudes de su hijo, alguna cosa ambigua: entrando súbitamente, como es deber de usted, en su cuarto de dormir, ha sorprendido algún gesto equívoco; o ha advertido ¡terrible descubrimiento! que su hijo no necesitaba ser iniciado. ¿Qué hacer entonces?... ¿No es ésta otra ocasión para tener confianza en los educadores-sacerdotes a quienes dió usted lo que en el mundo le es más querido, para pedirles un consejo saludable, una intervención discreta?

El cuarto medio humano positivo, que debe recomendarse con vistas a la educación de la pureza, es la *formación de la voluntad*.

Para tratar de ella como es debido sería necesaria una serie de conferencias.

Me limitaré a tocar dos aspectos de la cues-

tión : el amor al trabajo y al espíritu de sacrificio.

No es éste el momento propio para hacer el elogio del *trabajo;* recordemos simplemente que, desde nuestro punto de vista, el trabajo procura un alimento a la necesidad de acción, disminuye el exceso de sensibilidad, ejercita la voluntad en el esfuerzo y arranca de peligrosos ensueños la imaginación.

Un joven que trabaja es casi siempre un joven casto ; un perezoso es fatalmente un impúdico o se dispone a serlo.

¡ Qué magnífico terreno de colaboración, Señoras y Señores ! Podéis vigilar — sin prestar ayuda, pues conviene desarrollar la iniciativa del niño dejándole obrar por sí mismo —, podéis vigilar los deberes y las lecciones ; verificar y apreciar el valor del boletín semanal o quincenal ; fijar una orden del día para los trabajos de clase ; exhortar e impeler al trabajo ; en caso necesario, imponerlo por vuestra voluntad y castigar la pereza.

Tocante al *espíritu de sacrificio,* puede definirse así : una virtud consistente en padecer por una intención que ennoblece.

Decía el poeta:

El hombre es aprendiz, el dolor es su maestro,
y nadie se conoce hasta que sufrió pena.

La formación de la voluntad no puede andar sin el espíritu de sacrificio.

En nuestra época de universal veleidad, hay que inculcar en los padres y en los niños el espíritu de sacrificio.

En los padres, para que se abstengan para con sus hijos de caricias y abrazos excesivamente tiernos; que no los alimenten ni los vistan con demasiada delicadeza o regalo; que no les llenen de dinero los bolsillos; que les sometan, fuera de las horas de comida, a una total abstinencia de alimento. ¿No es por ventura fuera de razón que, a lo largo de la jornada, se vea a tantos niños, por otra parte excelentes y trabajadores, chupando bombones, hartándose de golosinas, comiendo chocolate?

Conviene también inculcar la sobriedad en la bebida, pues *la embriaguez es madre de la impureza.*

Ha de inspirarse a los niños el espíritu de sa-

crificio en soportar la intemperie de la estación, las dificultades en sus estudios, los tráfagos de la vida; enseñarles a molestarse por los otros, a ofrecerse para cualquier servicio costoso, a privarse de un objeto de escaso valor, a moderar sus apetitos y deseos, a privarse de pequeños placeres, a socorrer a los pobres... Puédese hasta aconsejar, por lo menos a los pequeños, que lleven nota de sus sacrificios en una libretita...

La colaboración, muy vasta, se extiende hasta los sacrificios que impone la vida de colegio: la observancia del reglamento; la regularidad en la hora de levantarse, de llegar a clase y de volver a casa; importa sobre todo enseñar al niño a doblegar su orgullo al yugo de la disciplina y al rigor de los castigos.

Así fortalecida por la enérgica aceptación del trabajo y del espíritu de sacrificio, la voluntad juvenil tendrá a favor suyo todas las garantías humanas, cuando venga la borrasca de las pasiones a desencadenar sus violencias, para mantenerse firme y alcanzar victoria.

II

Medios humanos negativos para la educación de la pureza

Los medios naturales, de los cuales acabamos de pasar revista, son preservativos que hemos calificado con el nombre de positivos, por no tener con la formación de la castidad más que una relación indirecta : la de fortalecer las posiciones de defensa ; en la segunda parte, considerando el problema bajo su aspecto directo, observaremos que los medios humanos que vamos a estudiar son de orden negativo. Y no es difícil entender la razón profunda de esta antinomia : la ofensiva en la castidad consiste sencillamente en huir.

Más claro todavía : en esa lucha cotidiana contra el mal instinto, la verdadera táctica está en *huir de la ocasión*.

La colaboración de los padres y de los maestros, en esta parte de la educación, tendrá, pues, por objeto evitar al joven todas las ocasiones que, maliciosamente o por sorpresa, pondrían lazos a

su frágil virtud; y sabemos que estos lazos son innumerables.

Puédense resumir en una palabra los deberes que en esta materia pesan sobre los padres y los maestros: *vigilancia.*

Cuando dió sus primeros pasos, hubo precisión de sostener al niño para librarle de caer; a su entrada en la vida moral, será también preciso ayudarle con una amable vigilancia. Y para que ésta sea eficaz, tengamos en cuenta las observaciones siguientes:

La *primera* es que los padres han de situarse dentro del espíritu de su hijo y recordar que también fueron una día jóvenes.

Muchos pierden de vista que a esa edad tomamos, sin darnos cuenta, el carácter que se nos imprime; a su parecer, se creería a esos mocosillos capaces ya de gobernarse por sí mismos y de andar, sin vigilancia alguna, por el camino recto... ¡Error muy lamentable!... Reconstruyamos en nosotros, para educar a nuestros hijos, una psicología de niño; recordemos las luchas de que nuestras almas fueron entonces teatro, y tengamos presente la presunción juvenil.

Segunda observación: esa vigilancia ha de ser activa y de todos los instantes.

Tendrá su base — y esta es la razón de su continuidad — en una prudente desconfianza. ¿Desconfiar del niño? ¡No! Desconfiar de la naturaleza humana que en él duerme y que, al choque de una palabra o de un ejemplo, es susceptible de revelarse buena o mala. Recordemos, según el pensamiento de José de Maistre, que los instintos perversos que en horas de reflexión descubrimos en nosotros son tales que nos inspiran horror... Pues bien, esos instintos existen en el niño, con la diferencia de que se hallan dormidos en su corazón y no esperan, para despertar, más que un contacto fortuito.

Pero esa activa desconfianza — y ésta es mi *observación tercera* — ha de formar pareja con una gran simpatía. Si hemos de guardar, con la naturaleza humana común al niño, una constante reserva, mantengámosla secreta en nosotros, y manifestémosle siempre un afecto confiado. Estos dos sentimientos no son contradictorios ni culpables de dobles, pues corresponden a la realidad: si siguiésemos nosotros los instintos de nuestro

corazón, ¿no seríamos acaso capaces de todas las torpezas? ¿y no hemos de amar a nuestros hijos, carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos?

Dicho esto, vengamos a los pormenores.

1. — Hay que vigilar *al niño asiduamente.*

Queremos decir con eso que es preciso prestar a sus primeros pasos en la vida una atención constante, a fin de que sus idas y venidas no guarden una actitud sospechosa, que pueda más tarde degenerar en vicio.

Vigilémosle, pues, al acostarse, al levantarse, en la cama, en el baño y en donde sea... para que sus miradas o sus manos no puedan permitirse indiscreción alguna... No le dejemos vagar solo por las calles...

He dicho que hemos de manifestar mucha confianza a los niños: esta íntima entrega tendrá por resultado provocar en cambio sus confidencias. ¡Precioso auxiliar en la educación de la pureza! El niño que abre el corazón a su padre y descubre a su madre los secretos de su alma,

queda asegurado, mientras duren estas muestras de afecto, contra los peligros de dentro el hogar y contra las sorpresas de fuera. Pero llega un día en que el corazón se cierra, hácense vagas las miradas, enmudecen las confidencias... Está en vísperas de empezar la edad crítica... a menos que el pequeño no haya sufrido ya el contacto de un compañero perverso... ¿No será éste tal vez el momento indicado para proceder a la iniciación o, por lo menos, si fué ya antes necesario levantar una punta del velo, para hablar más claramente? En todo caso será aquélla la hora de ponerse de acuerdo con el educador para una acción de conjunto, a fin de seguir más de cerca la evolución de la crisis y atender a ella por medios concertados en común.

2. — Hay que vigilar los *miembros de la familia* y el *personal de la casa*.

Hermanos con hermanos, hermanos y hermanas, están sujetos a la misma flaqueza humana, y, para andar por el camino recto, necesitan de nuestra vigilancia.

Es cosa cierta que, a la edad de ocho o nueve años, el niño, corrompido o inconscientemente vicioso, es a veces capaz de entregarse a prácticas inconfesables. Sin pretender afirmar que el mal sea frecuente, es indudable su existencia y puede, por contagio, sumergir en la desdicha una serie de niños.

En cuanto al personal de la casa: sirvientas, domésticos, proveedores, empleados o vecinos, conviene ser con ellos algo desconfiado. Hasta con los amigos y los hijos de nuestros amigos, nuestras relaciones han de andar tocadas de legítima prudencia.

¿Quién podrá contar el número de pequeñuelos infelices, corrompidos por las sirvientas, por los criados, por parientes más o menos próximos, por amigos que con excesiva facilidad eran admitidos a un trato íntimo, o por personas que entraban a servir en la casa sin las previas informaciones necesarias?

3. — Hay que vigilar los *compañeros de nuestros hijos.*

Este género de vigilancia es el más espinoso y necesario: aquí es donde, por otra parte, vamos a encontrar el terreno común para una colaboración útil entre padres y maestros.

Nos conviene recordar que, en el mundo, el número de malos compañeros es considerable, y hasta muy considerable, y que un mal compañero puede llegar a ejercer sobre el alma virgen del niño, con sus maneras independientes, su audacia desvergonzada, su «esnobismo» desenvuelto, y aun tal vez con su brutalidad, una extraordinaria influencia.

La prudencia nos manda guardar cierta desconfianza. Si debiésemos confiar a alguien un depósito importante, ¿escogeríamos acaso al primero que nos saliese al paso? Y la pureza de nuestros hijos, depósito más precioso que todos los bienes, ¿la abandonaríamos en las manos impuras de un corruptor advenedizo?

Procuremos averiguar cuáles son los compañeros de nuestros hijos al ir y venir del colegio,

en sus salidas, en sus solaces y juegos, en sus visitas y viajes.

Voy a intentar trazaros el retrato de un buen vigilante.

El buen vigilante estudia a cada uno de sus alumnos y los conoce a fondo. En el patio, se da cuenta de los camaradas cuyo trato frecuentan y de la conducta que observan; no les deja tiempo para pasearse de un lado a otro, ni de tener largos diálogos, pues, sin consideración ninguna, obliga a todos a entregarse al juego; desde el momento en que en algún rincón o lugar separado advierte conversaciones misteriosas o gestos equívocos, acude allí ligero como el viento y dispersa aquel conciliábulo; en el salón de estudio, coloca a cada uno al lado del camarada que mejor le conviene, evitando a un excelente muchacho la vecindad de un compañero dudoso; impone un silencio continuo, que no sea interrumpido por billetes furtivos ni gestos significativos; en la calle, es rápido como un relámpago y vigilante como un guardia de seguridad; exige que cada uno vuelva a su casa, sin fumar, sin alborotar, sin correr, sin pasar por las calles prohibidas.

El buen profesor, en la vigilancia de sus alumnos, hace brillar las mismas cualidades de prudencia y solicitud.

¿Por qué, en su medio respectivo, los buenos padres no han de ejercer una vigilancia semejante? Y, desde ese momento, queda indicado el terreno de colaboración.

Informarse acerca del valor moral de algún camarada; señalar el peligro que la compañía de algunos jóvenes, tal vez buenos cada uno de por sí, hace correr a su virtud; tener a los maestros al corriente de la tendencia de sus conversaciones, si es dado esperar así la inspiración de una idea generosa o la rectificación de una mentalidad falsa... Ahí tenéis — y dejo muchas — múltiples ocasiones en que la colaboración de padres y maestros podrá practicarse útilmente.

Me creo obligado ahora a tratar de un punto muy delicado: las relaciones entre chicos y chicas.

Esas relaciones, en ciertos medios algo laxos, comienzan demasiado pronto, y, favorecidas por el silencio indiferente de los padres, causan serios estragos en el alma de la juventud.

Suele decirse: ¡Puerilidades que pasan con la edad! ¿Quién no se dió nunca a ellas? ¿Existe acaso algún muchacho que no tenga su amiguita?

Cosa dolorosa es, Señoras y Señores, tener que levantarse contra semejantes prejuicios.

Esas relaciones prematuras encierran grave riesgo para la sociedad y para el individuo.

Tienen como consecuencia inmediata el disminuir la estima que debe guardarse para los esponsales y aun para el matrimonio: preparatorias para el matrimonio y sólo entonces permitidas, esas relaciones debieran ir rodeadas del más profundo respeto; son a manera de vestíbulo de ese grande y santo estado en que el hombre y la mujer, uniéndose conforme a la voluntad de Dios, colaboran en la obra de la creación; son la época, más importante que todas, en que el hombre, puesto en presencia de la que será compañera de toda su vida, se esfuerza en conocerla, apreciarla y amarla... ¿Y se quisiera, por un remedo de este período de la vida humana, desfigurar y contrahacer los sentimientos delicados que hallarán entonces la ocasión de expresarse?... Y si sólo constituye un pecadillo, para un joven

y una joven, aproximarse mutuamente tan temprano y cambiar a la ligera muestras de afecto, ¿dónde estará, os pregunto, el encanto misterioso que, llegado el momento, debe animar al joven para con su novia?

Tomado como individuo, hallará el joven, en esa llamada puerilidad, disgusto por el trabajo, la ruina de su porvenir y sin duda el despertar prematuro de los sentidos, si no llega a ser para él el comienzo de una vida desvergonzada; y, en todo caso, corre grande peligro de comprometer la salud de su alma... ¿Llamaremos esto nonadas?... Y tened por cierto, Señoras y Señores, que no es la pudibundería desacertada del religioso o la ignorancia escandalizada de las cosas del mundo lo que me hace hablar así... No, no; es la experiencia, la dolorosa experiencia de tantos jóvenes que han hallado, en esas relaciones prematuras, la ruina material y moral que les ha convertido en hombres impúdicos y sin honor...

Vigilemos, pues, las relaciones de nuestros jóvenes: no tenga usted ningún reparo, madre de familia, en registrar los bolsillos, la cartera, el portamonedas, el armario, los libros de su hijo, a

fin de descubrir, tal vez, rastros de una correspondencia clandestina, o estar, por lo menos, informada sobre la dirección de sus pensamientos.

Si él no tiene la inmensa dicha de pertenecer a una familia numerosa y hallar así, en medio de hermanos y hermanas, las diversiones propias de su edad, vigile usted sus primos y sus primas, sus camaradas y sus amigos; y recuerde que ése y aquél escogieron a ése y aquél por amigos, porque tenían una hermana, y no faltó una joven que escogió asimismo a cierta conocida por amiga, porque tenía un hermano...

Y si un día descubre usted que el tierno corazón de su hijo ha jurado ya al tierno corazón de una jovencita un amor eterno, ¿deberá acaso, como si se tratase de un secreto peligroso, guardar esto celosamente en su alma? ¡No, de ningún modo! No somos nosotros gente cerrada... entendemos también la vida... ¿por qué no confiar a los educadores de su hijo ese secreto que os quema? Hemos conocido irremediables naufragios que tuvieron por punto de partida esas amistades frívolas; y la madre, advertida, pero temiendo las consecuencias, las tuvo obstinada-

mente ocultas... La infeliz iba abriendo así el abismo que había de tragar el honor y la virtud de su hijo...

4. — Hay que vigilar las *diversiones de nuestros hijos*.

He tenido ya ocasión de indicar la vigilancia que conviene ejercer sobre los compañeros de juego. Permitidme insistir sobre la atención que debe ponerse en la elección de distracciones y en el lugar donde se tienen.

Algunos juegos, como los de manos, se prestan a maneras peligrosas; otros, que requieren obscuridad, o aislamiento, sobre todo cuando en ellos toman parte niñas, pueden despertar los instintos perversos y convertirse en ocasión de lamentables caídas.

En general, para sus esparcimientos, no deben los niños refugiarse en los desvanes, en los sótanos, en locales obscuros o aislados, y, cuando son numerosos, especialmente si hay mezcla de sexos, debe siempre acompañarlos un vigilante: la madre es muy indicada para este oficio de caridad.

Las reuniones mundanas son con frecuencia piedra de escándalo para la virtud de la pureza. Mientras los padres, distraídos o víctimas de ilusión, conversan entre ellos y comentan los chismes de la semana, los jóvenes, cuyos sentimientos son propensos a la vehemencia, están tal vez a punto de hacerse promesas eternas y a darse prendas equívocas de inmortal amistad. ¿Quién podrá decir el número de inocentes que han zozobrado en esas reuniones mundanas por la culpa de padres inconscientes? La virtud de la infancia, ¿no vale acaso el sacrificio de un chiste, el ejercicio de una prudente vigilancia, y aún mejor la supresión de ese esparcimiento?

Es también deber nuestro poner a los padres en guardia contra los graves peligros del período de vacaciones. ¡Cuántos adolescentes, puros aún al salir del colegio, llevan, al comenzar el nuevo curso, los ojos privados de su antigua limpidez, la frente surcada de arrugas prematuras! El contacto de malos camaradas ha producido en ellos la pérdida de la virtud...

Esas advertencias son aplicables a todos, pero especialmente a una doble categoría de jóvenes:

a los que pasan las vacaciones junto a las playas o establecimientos de aguas, y a los que veranean en el campo. La sociedad sospechosa y mezclada que suele hallarse en esos sitios ofrece el mayor peligro para la pureza de la juventud, a causa de la libertad que allí reina a veces, de la inmodestia en el vestir y de la desvergüenza de las costumbres. Y los jóvenes que, no sé por qué respeto humano mal entendido, son enviados solos a pasar una temporada en casa de tíos, de primos o amigos, que tienen, como se dice, la rienda suelta, ven a veces la delicadeza de su virtud expuesta a los más graves riesgos...

Unas palabras, finalmente, sobre el cinematógrafo.

Todos sabemos que los cines de nuestras ciudades, más atentos a ganar dinero que a moralizar la juventud, se permiten cada día más halagar la curiosidad de sus clientes con espectáculos insanos. Entre diez sesiones de cine, ¿se hallará acaso *una* irreprensible?

Y ni aun cuando las películas han sido censuradas proyectan siempre escenas edificantes...

Por tanto, los padres cuidadosos de la pureza

de sus hijos no los acompañarán jamás a tales salas de espectáculos, sin haber antes severamente averiguado el carácter del programa; no les darán dinero para que acudan sòlos, y aun los vigilarán para impedir su asistencia a ellos...

Si realmente es imposible substraer por completo la juventud a ese género de espectáculos, conviene recordar que el abuso del cine es dañino a la salud física, intelectual y moral del niño, y que los padres han de procurar reducir a su mínimo grado este peligro.

Al contrario, las sesiones de cinematógrafo, organizadas por instituciones religiòsas y morales con una prudente moderación, ofrecen todas las garantías deseables y recrean sin pervertir...

5. — Hay que vigilar las *lecturas de nuestros hijos.*

La lectura es necesaria para la formación intelectual y moral de la juventud. Pero así como la lectura de buenos libros tiene eficacia elevadora para la mente y bienhechora para el co-

razón, también la lectura de malos libros es deprimente para la virtud.

Especialmente la lectura de novelas, aun buenas, no deja de encerrar graves peligros: el joven saca de ellas un sentimentalismo exagerado y un prematuro despertar de los sentidos.

Debe decirse de la lectura de novelas lo mismo que puede afirmarse del cine: ni aun la mejor carece de inconveniente para la virtud de los jóvenes.

Fuera de esto, no hay que pensar en la lectura sino después de terminados los deberes, de sabidas las lecciones, y de preparados los exámenes: sería trastornar el orden natural de las cosas y hacer pasar lo accesorio antes de lo principal el dar primacía a la lectura sobre los trabajos escolares.

La lectura es, además, un derivativo hacia la ociosidad, la cual, como la embriaguez, es madre de la impureza.

¿Qué lecturas es prudente aconsejar a la juventud?

Descartemos sin contemplación las novelas peligrosas, las revistas ilustradas y las narraciones

a cincuenta céntimos, que uno se puede procurar en las bibliotecas públicas, en las librerías sospechosas, en los quioscos; sobre todo no permitamos que lleguen a manos de nuestros hijos las novelas, revistas o ilustraciones que hubiésemos nosotros comprado para uso propio y que tenemos arrinconadas en el zaguán, en nuestras bibliotecas o depositadas en cualquier otro sitio.

Perplejos y agobiados de trabajo, no tenéis tal vez tiempo para leer e informaros... y vednos de momento en el terreno de la colaboración. Poned vuestra confianza en los educadores de vuestro hijo... Ellos no ignoran el valor moral de los libros que se pueden leer, conocen el nivel intelectual de sus alumnos, saben cuáles lecturas conviene aconsejarles. Remitid, pues, vuestro hijo a sus maestros, y no toleréis en sus manos ningún libro que no hayan ellos aprobado... Y si los sorprendéis a punto de leer alguno que os parezca sospechoso, no dejéis de confiar el hecho a sus educadores...

Como medida de cautela, preconizamos aun la prohibición de tomar prestado a bibliotecas extrañas, y la inspección de los objetos propios de

vuestros hijos : como si nada hiciera, debe la madre registrar con frecuencia la cartera de sus hijos, y también sus bolsillos, para ver si descubre escondida allí alguna revista ilustrada, o postales peligrosas o cualquier otro papel comprometedor... Recomendamos asimismo la inspección del empleo del dinero puesto a disposición de la juventud : es mayor de lo que se piensa el número de hijos que roban dinero a sus padres. Quedaríais sorprendidos si os revelase el empleo que de él llegan a hacer : la compra de golosinas, de revistas o folletos es aún relativamente inocente... Claro está, no es que convenga dejar a los jóvenes sin algún dinero en el bolsillo : pero dárselo sin medida, permitir que lo gasten sin rendir cuentas, y exponerlos a la tentación del robo, dejando de vigilar el propio bolsillo o la caja de caudales, es entender al revés la educación de la juventud...

III

Medios sobrenaturales para la educación de la pureza

La castidad no es una virtud de orden natural : dejado a sus solas fuerzas, no puede el hombre por mucho tiempo observarla con perfección.

Esta es la razón de que los incrédulos no quieran reconocer la significación del celibato religioso : pierden de vista el auxilio todopoderoso de la gracia, que hace divinamente posible lo que es humanamente imposible.

Todos los medios que acabamos de preconizar, y otros que podría imaginar el ingenio humano, pararían en fracaso, si el socorro sobrenatural de Dios no viniese a fortalecer la voluntad.

Si apreciamos, pues, la pureza de nuestros hijos, procuraremos con sumo interés inculcarles la piedad, que será el canal por donde descenderá a ellos el concurso de la asistencia divina.

Y podrá decirse que estimamos el honor y la virtud de esos pequeños, en la misma proporción en que les inspiramos el amor de Dios y de la piedad.

¿Y cómo proceder?

Desde la edad primera y con toda sinceridad.

El primer sentimiento que hemos de fomentar es el de la *presencia de Dios*. Descompuesto en su doble elemento, este sentimiento incluye el temor reverencial y el amor filial de Dios: ¿acaso no es Dios juntamente nuestro juez y nuestro padre?

En cuanto juez, castiga la transgresión de la ley; en cuanto padre, nos ama, nos da fuerzas contra la tentación, nos perdona en las caídas.

Esos dos elementos han de ir a la par; pero, repitámoslo, urge enseñarlos con toda sinceridad.

Evitemos, de hoy para siempre, en el temor de Dios que deseamos enseñar a nuestros hijos, las exageraciones, los cuadros tan poco poéticos como mentirosos de los castigos temporales, esos piadosos engaños que falsifican la idea justa del sentimiento de temor. Hasta quisiera yo que se pusiese fin a ciertas leyendas inocentes que indu-

cen a error a los niños y los llevan a confundir con ellas los misterios de nuestra Religión.

El niño encontrará en el temor de Dios el freno de la sensualidad, y, en el amor de Dios, el estímulo de la virtud.

Además del fiel cumplimiento de los deberes del cristiano, hay que recomendar el *gusto de la oración*.

La oración nos levanta a Dios, espiritualiza nuestros sentimientos, nos pone en contacto con lo sobrenatural y, de este modo, nos sustrae al vivir rastrero y a la violencia de nuestros instintos. Este es el momento de repetir con Nuestro Señor: «Conviene orar siempre» (Luc. XVIII, 1). Y la mirada de la oración debe también volverse hacia la Virgen sin mancilla, la Reina de la pureza.

Pero el gran remedio, ensalzado por todos los maestros de la vida espiritual, es la *comunión frecuente*.

Recibida desde tierna edad, la comunión frecuente es invencible escudo de la inocencia y de la castidad.

Más aún: yo pretendo que la comunión fre-

cuente es no sólo guardiana sobrenatural de la salud del alma, sino aun la mejor protectora de la salud del cuerpo.

Los médicos, ciertamente, están unánimes en declarar que ciertos hábitos viciosos producen, en la juventud, un quebrantamiento del sistema nervioso, susceptible de provocar lamentables catástrofes.

Pues bien, ¿cuál es, según confesión de los médicos católicos, el mejor remedio para esas detestables prácticas? Es de orden moral y religioso: es la comunión frecuente.

¿Qué debemos entender por comunión frecuente?

La comunión de cada ocho días, es decir, la del domingo, es ya comunión frecuente.

¿Será exigir demasiado de la fe cristiana de los padres juiciosos el esperar que verán clara la urgente necesidad de la comunión dominical para sus hijos?

Ofrece la inmensa ventaja, si se tiene energía para acostumbrarse a ella, de poderse practicar durante toda la vida, y mantener así en el alma una gran intensidad de vida espiritual.

Y ved, Señoras y Señores, cuán fácil es su ejercicio. Todos los jóvenes tienen, cada sábado, ocasión de confesarse: ¿por qué no habrían de tener, los domingos, el valor de levantarse temprano para ir a la comunión? No podréis objetarme que, privados del sueño durante la semana, necesitan de la mañana del domingo para resarcirse de sus atrasos en el descanso... No, la indiferencia o la pereza; con gran daño de los intereses espirituales, es la razón única de su triste abstención.

Estoy convencido de que si los padres, las madres sobre todo, se empeñasen en estimular — siempre con prudencia — a sus hijos a este ejercicio de piedad, despertándolos a tiempo y preparándoles a su vuelta el desayuno, deberían registrarse menos caídas y mayor número de magníficas victorias.

Pero hay algo mejor todavía que la comunión dominical: hay la *comunión diaria*.

En ella está la perfección, en ella está la garantía por excelencia. El joven que llega a acostumbrarse a practicarla vive, como un ángel, adornado de inocencia, y protegido, como por un

triple escudo, contra los asaltos del vicio impuro.

Durante el año escolar, a causa de la organización disciplinar del establecimiento que vuestro hijo frecuenta, es relativamente fácil mantenerse fiel a esta costumbre; y, en nombre de los intereses espirituales de vuestros hijos, os conjuramos a pasar por encima de todos los inconvenientes de levantarse a hora temprana, para procurarles el inmenso beneficio de la comunión diaria.

Pero existen las vacaciones.

¿Cómo se explica que tantos jóvenes, habituados durante el año escolar a comulgar varias veces por semana, se abstengan, en vacaciones, aun en día de domingo, de toda participación en este acto saludable?

Hay la razón moral, lo reconozco; pero hay también, sin duda, la pereza: ¿es acaso tolerable que jovencitos, a quienes perturba ya quizá el despertar de las pasiones, prolonguen su sueño hasta altas horas de la mañana?

Y, sin querer penetrar indiscretamente en la conciencia de su hijo, ¿no podrían los padres, principalmente la madre, sugerirle la idea de ir a confesarse? ¡Ah, si los padres tuviesen siempre

bastante piedad para estimularle con su ejemplo!

¿De qué modo ha de practicarse la comunión frecuente?

Con toda sinceridad.

Reprobamos sin restricción toda práctica de piedad que no tenga la lealtad por base: nunca la comunión ha de imponerse a la fuerza; su deseo y necesidad han de brotar espontáneamente de los sentimientos del corazón.

La razón de que reclamemos vuestro auxilio para suscitar en los niños este santo deseo, es porque la comunión diaria, recibida con las disposiciones requeridas, es la mejor garantía de la pureza del niño.

La religión reserva, finalmente, para proteger la juventud contra los peligros de la impureza y ponerla nuevamente a flote si empezaba a hundirse, un medio muy excelente: la *dirección espiritual*.

La dirección espiritual consiste en confiar a un sacerdote experimentado los intereses de la propia alma, abrirle el corazón, exponerle sus dificultades, sus tentaciones, sus amistades, sus faltas, a fin de sacar consuelo y aliento.

Es tan excelente este método, que aun hombres racionalistas, como Julio Payot y Mauricio Barrès, no dudan en recomendarlo.

El será, si queréis aconsejarlo a vuestros hijos, de una maravillosa eficacia.

Y lo declaro al terminar: el joven que practique la comunión frecuente y vaya a buscar en la dirección espiritual el resorte de la energía y el secreto de la perseverancia, quedará al abrigo de todo peligro; será puro delante de Dios; podrá mirar con confianza su porvenir terrestre y la salvación de su alma...

II

La iniciación en el misterio de la vida

Señoras y Señores:

El problema que esta tarde vamos a estudiar es de una dificultad y delicadeza extremas.

Trátase, en efecto, de penetrar en un dominio del alma que todos y, me atrevería a decir, en particular los niños, reservan celosamente para sí mismos.

Tarde o temprano, la cuestión del origen de la vida se presenta angustioso a su curiosidad; y su espíritu, una vez desvelado sobre este misterio, se dispone a buscar respuesta: preciso les es tenerla, la tendrán.

Hállase así abierto el debate que vamos hoy a zanjar: ¿hay que hablar al niño de cosas relativas a la generación, o bien hay que dejarlo en la ignorancia durante el mayor tiempo posible?

Si se debe hablar cuando urge hacerlo, ¿quién

ha de encargarse de ello, y cuál es la forma de practicarlo?

Ahí tenéis algunas preguntas a las cuales, modestamente y con todas las reservas, trataré de dar una respuesta.

I

Advertencias preliminares

He de anticiparme a decir, para desbrozar el terreno, que, a la edad en que se llega al uso de la razón, el niño ha de saber, implícita o explícitamente, lo que, en materia de pureza, está prohibido y constituye pecado.

Problema arduo de sí y que sólo temblando oso abordar.

¿Cómo entablar ese tema con un niño de cinco, seis o siete años?

En esta materia, según parece, hay que apelar al instinto materno de prudencia y delicadeza.

Desde la más tierna edad, como si se hiciese sin darse cuenta, con la mayor naturalidad del mundo, importa que la madre vigile el comportamiento de su pequeñuelo, y no le permita tomar ninguna posición indecente: las manos serán te-

nidas fuera de todo peligro, las piernas modestamente colocadas y prudentemente cubiertas; en presencia de otras personas, sobre todo de hermanos y hermanas, la actitud será siempre correcta; los momentos de acostarse y del primer sueño serán objeto de una atenta vigilancia.

A la edad de dos o tres años, si el niño bosquejase involuntariamente algún gesto equívoco, la madre debería apartar la mano sin parecer que da importancia a ello ni manifestar alarma alguna en el rostro. Puede añadir, si hay lugar a ello: «Ponte bien; no hagas eso; al niño Jesús no le gusta que te pongas así; Nuestro Señor no está contento cuando los niños hacen eso...»

Si el niño se obstinase — pues hay niños viciosos a la edad de dos o tres años —, podría usar de violencia golpeando algo duramente la mano malhechora.

Es necesario habituar a los niños a satisfacer sus necesidades naturales rápida, modesta y aisladamente; que, para este objeto, no se hallen nunca hermanos y hermanas en presencia unos de otros; y que la madre, con aire atento y, al parecer, indiferente, se asegure con frecuencia

de que todo anda conforme a las leyes de la decencia. Los padres mismos han de saber que, por lo que a ellos afecta, se impone en este punto la mayor discreción, pues la curiosidad de los niños es extremadamente propensa a despertar.

No deben tomarse los baños en presencia de otros niños, ni las lociones cotidianas de los lactantes hacerse en presencia de sus hermanos mayores.

Paréceme que, prudente, pero progresivamente, unas palabras discretas de la madre, y aun del padre, podrán dar a entender al niño, si así conviene, que tal posición, tal mirada, tal acción, es inconveniente y prohibida por Dios, mientras llega la hora en que la inteligencia, espabilándose cada vez más, sea capaz de entender que, según nos enseña el catecismo, una mala acción es pecado mortal.

El punto principal, en esa iniciación preliminar, es que el niño se dé cuenta, instintivamente por lo menos, de que está permitido satisfacer, sin segunda intención, las necesidades físicas, y que está prohibido convertir el cuerpo en instrumento de placer.

Pormenor muy importante: esta educación de la conciencia ha de ser lenta, progresiva; nunca directa; y dada con el aire más natural y en ocasión de una cosa indiferente.

II

¿Iniciación, o silencio?

Y vamos ahora a considerar de frente la cuestión que nos ocupa.

La iniciación de que aquí tratamos es la enseñanza directa por la cual se descubre a un niño el secreto del origen de la vida.

Y, en primer lugar, *¿conviene hablar al niño de estos turbadores problemas, o bien hay que ocultárselos?*

En un opúsculo reciente, *The Psychology of the Boy*, el pastor Servanté, capellán de los Exploradores de la Diócesis de Londres, consigna esta observación curiosa: «En el chico normal, el interés por las cuestiones relativas al nacimiento, al sexo, y otras similares, revélase entre los tres y los cinco años.»

Aunque pueda parecer un poco exagerada semejante afirmación, es cierto que a edades muy

tiernas un niño despierto, si tiene confianza en sus padres, hará inocentemente, en ocasión de algún nacimiento, preguntas relativas a la venida de los niños al mundo, y las hará con tanta más osadía cuanto menos sospeche la escabrosa dificultad de su respuesta.

¿Se eludirá el contestarlas, sobre todo si, como es probable, van a ser repetidas? ¿Se le contestará con una mentira ingeniosa, con un cuento de hadas, a riesgo de matar para siempre en el niño la confianza en la veracidad de los padres? No tardará en comprender que quieren burlarse de su indiscreción, y acudirá a camaradas más precoces a buscar un alimento más sólido, pero también más peligroso, para su necesidad de saber.

Existen, con más frecuencia que muchos se figuran, muchachos que, a una edad desgraciadamente prematura en que el alma se repliega ya en sí misma y rodea de misterio sus pensamientos y acciones, es decir, a 9, 10, 11 o 12 años, llegan espontáneamente, sin iniciación perversa y sin sospecha de pecado, a contraer hábitos viciosos. ¿Es prudente arriesgarse a que envenenen

así su vida, so pretexto de que el niño lo ignora todo y nada debe saber?

Por lo demás, los niños, aun muy jóvenes, saben con frecuencia mucho más que no se figuran sus padres; y la calle, o los criados, o los compañeros, les han quitado la inocencia, con gran daño de su virtud.

Y, por otra parte, ¿no vivimos acaso en una sociedad profundamente corrompida? ¿No se oyen doquiera, en torno nuestro, conversaciones malas, desprovistas de todo pudor? Podría casi decirse que la corrupción de la juventud es objeto expreso de muchos de nuestros contemporáneos: se inventan y se difunden desenfrenadamente chistes, alusiones y cuentos sin consideración alguna a los jóvenes oyentes.

¿Cómo sustraer el niño a un ambiente tal? Habría que tenerlo encerrado toda su vida, sin permitirle ni asomarse a la ventana. Fatalmente, oirá en torno suyo, más a menudo de lo que él quisiera, conversaciones malignas y palabras iniciadoras: un día u otro, a menos de un milagro de protección, le tomará aparte un amigo vicioso, que le enseñará, junto con el origen de la vida,

el secreto del placer; y entonces, gracias a ese silencio adulterado, su alma se verá hundida en una fase, tal vez inextricable, de miserias y pecados que serán para él fuente de desgracia inaudita.

Y suerte todavía si, objeto de solicitaciones o víctima de violencias, no cae en uno de esos grupos de tunantes que arrastran colectivamente al mal a los inocentes y sencillos.

Callarse obstinadamente parecería una falta, una connivencia, casi una complicidad.

Pero si, a mi parecer, es conveniente hablar, no significa esto que una tal iniciación haya de hacerse sin prudencia ni condiciones.

Llego hasta a creer que se la debe retardar el mayor tiempo posible. ¿Qué digo? En una sociedad normal, es decir, profundamente cristiana, y en circunstancias normales, es decir, en que la educación primera haya sido llevada con toda atención, un niño normal, es decir, cuya salud moral nada deje que desear, no necesitaría sino hasta muy tarde de aclaraciones precisas sobre los misterios de la vida sexual.

Pero nuestra sociedad dista mucho de ser nor-

mal, y las asechanzas preparadas contra la inocencia están ocultas a cada paso.

Es preciso, pues, hablar; pero el principio que debe siempre guiarnos, como estudiaremos luego, es el de hablar lo más tarde y lo más delicadamente posible.

III

¿Quién ha de hablar?

La segunda pregunta que apremia nuestro espíritu es la siguiente : *¿ quién ha de hablar ?*

Ninguna duda ofrece la respuesta : los padres y sólo los padres tienen el deber y el derecho de hablar.

Puestos por Dios en el camino que conduce los niños a su destino, los padres son sus tutores, sus guías, sus apoyos naturales ; después de haber formado, nutrido, desarrollado su cuerpo, tienen todavía el privilegio, junto con el sacerdote que es juez terrestre de las conciencias, de practicar la educación de lo mejor de su ser : el entendimiento, el corazón, el alma.

Hueso de sus huesos, carne de su carne, los hijos vibran también, no sé por qué sagrada herencia, al unísono de los sentimientos de sus autores ; a menos que no sea más exacto decir que el instinto paterno, y más aún el materno, dotado

de una presciencia adivinadora, más bien siente que descubre las necesidades, las congojas, las pasiones de su alma infantil.

Toca, pues, a los padres el precisar la época de la iniciación, determinar su manera, fijar su extensión.

En verdad, si este deber incumbe en primer grado al padre y sobre todo a la madre, nadie querrá sostener que no les sea lícito descargarse de él sobre las espaldas de otros.

Pesada, realmente, y llena de escollos resulta esa extraña responsabilidad : un escrúpulo de pudor, muchas veces exagerado, acrecienta todavía su espinosa dificultad. ¿Cómo cumplir este deber? ¿Qué momento elegir? ¿Qué palabras emplear? ¿Cómo guardar la sangre fría y no ruborizarse?

Confesemos que la tarea es ardua, y que muchos padres, aun estando convencidos de la importancia del objeto, retroceden ante el obstáculo que levantan frente a su buena voluntad una timidez instintiva y la conciencia de disponer tan sólo de un lenguaje imperfecto.

Es que se trata de decir bastante y no decir demasiado, de velar un poco el pensamiento y

evitar palabras crudas, de insinuar más bien que ser claro, de elevar las ideas más bien que rebajarlas...

Podrá, pues, suceder que el padre y la madre deseen que, en este punto, como en materia de educación, alguien ocupe su sitio. ¿A quién podrán dirigirse?

Sin pretender excluir al médico, o al amigo juicioso, o al educador seglar, el iniciador más indicado para los muchachos parece ser el educador-sacerdote, o el confesor.

Todo sacerdote es educador por excelencia, y, por tanto, apto para llenar este oficio; al confesor, que está más al corriente de las necesidades del niño, le será más fácil hallar los límites de lo necesario; con todo, no pudiendo la iniciación hacerse en público — ni aun en el confesonario, por causa del tiempo requerido —, parece que el educador-sacerdote sea el más a propósito para salir bien de la tarea : tiene la costumbre de los matices, conoce los contornos de la moral, posee la psicología del niño, es más apto que los seglares para idealizar.

En cuanto a la niña, por razones de orden

fisiológico, la madre, y sólo la madre — a menos que se tenga confianza absoluta en una educadora experimentada —, es a quien mejor incumbe estudiar la naturaleza de la niña, observar su desarrollo, ilustrarla cuando llegue la hora. La iniciación podrá, si es preciso, preceder la del niño; habiendo ella pasado por el ciclo completo de la evolución femenina, la madre conoce a la vez los sentimientos y los hechos; y nadie mejor que ella hallará, para poner a su hija al corriente, la medida y la prudencia.

IV

Lo que ha de evitarse en la iniciación

Llegamos a la parte más difícil de nuestra conferencia : *manera de practicar la iniciación.*

Si me lo permitís, a fin de circunscribir bien el tema, empezaré explicando el modo cómo no debe practicarse ; pues, como a todos se nos alcanza, navegamos aquí en una zona llena de escollos.

Digamos, pues :

1. — *La iniciación no debe darse en público,* ni delante de una clase oficialmente congregada, ni ante una reunión de camaradas o amigos : las cosas de la vida sexual son estrictamente de dominio privado ; y, si queremos evitar que los jóvenes las tomen entre ellos por tema de conversación, empecemos por darles el ejemplo de no mencionarlas en público.

La razón es clara: a pesar de todas las recomendaciones que se les hagan de no discutir este tema, y sobre todo por causa de ellas, los jóvenes lo tomarán por objeto de conversaciones, de conciliábulos y de pláticas ocultas. Una vez dado el empuje, los más «ilustrados» de la banda añadirán, a los comentarios del profesor, complementos picantes, el relato escandaloso de experiencias personales, y tal vez llamamientos a citas misteriosas.

Además, es en esas conferencias secretas donde se adquiere el conocimiento del bien y del mal y donde, bajo la inspiración del demonio de la impureza, con una rapidez muchas veces desconcertante, los niños se dejan arrastrar a las más tristes faltas.

2. — *La iniciación,* salvo excepciones, *no debe hacerse mediante lecturas;* un padre y una madre no tienen derecho, bajo pretexto de descargarse a poca costa de un deber esencial, a poner a vista de sus hijos informes escritos.

Ved cuál es la razón de ello: la palabra leída

y susceptible de ser leída produce en la imaginación de los pequeños una impresión más profunda que la palabra oída. Los pormenores percibidos por un oído, según suele decirse, salen por el otro. Y, además, la curiosidad del niño, siempre insatisfecha, irá a buscar en el diccionario el sentido de las palabras difícilmente comprendidas, y, poco a poco, sacará de allí una ciencia demasiado vasta para las necesidades de la hora presente.

3. — *La iniciación no ha de hacerse por comparación con los animales.*

A las preguntas inocentes y con frecuencia legítimas del muchacho, algunos responden a veces : «La reproducción del hombre se realiza lo mismo que la de los animales. Fíjate, pues, en éstos».

O bien, en la iniciación, por otra parte cristiana, que se cree conveniente dar, se toma como punto de partida la generación de las bestias.

¡ Método detestable !

No conviene, aun siendo la aserción parcial-

mente exacta, rebajar las nobles funciones de la generación humana al instinto mecánico del animal, pues importa, para que la iniciación sea no tan sólo inofensiva sino hasta bienhechora, que se dé un alto relieve al oficio del amor ideal y a la intervención divina.

Y es peligroso atraer con énfasis la atención del niño hacia la reproducción de la bestia, por la simple razón de que tal espectáculo se puede ofrecer fácilmente a sus miradas y que, desde entonces, hallaría un placer maligno en esa contemplación.

4. — *La iniciación no ha de hacerse por acumulación de pormenores fisiológicos.*

Más vale dar el menor número posible de ellos, que sea suficiente sin duda para satisfacer la curiosidad, pero no para enardecer la imaginación.

Recordemos que la loca de la casa es una poderosa máquina de cinematografía : no sólo reproduce las imágenes acumuladas, sino que, aún más, sirviéndose de fragmentos discordantes,

combina cuadros lascivos, capaces de sobrepujar en incentivo peligroso las realidades más crudas.

¿Y por qué proporcionar alimento a los delirios imaginarios?

El detalle fisiológico abundante, combinado con las visiones de la calle, permitirá al espíritu del niño, ya de sí ligero e ingenioso, entregarse a combinaciones de representaciones frívolas.

Tendréis tal vez noticia de la reflexión de aquel niño inglés a quien, en castigo de su imperdonable petulancia, habían encerrado en un salón. Demasiado joven aún para pronunciar la *th*, respondió, como para consolarse: «I'll fink funny foughts!» (¡Me entretendre en pensamientos divertidos!)

Conocéis, seguramente, muchos niños, cuya imaginación distraída, transportada a las regiones de lo irreal, se deja llevar a «divertidos pensamientos»... ¿Y qué sucedería si a esa natural inclinación al ensueño le procuraseis, por una iniciación fisiológica, un alimento incitante y fácil?

V

Cómo ha de practicarse la iniciación

¿Vamos, pues, ahora a explicar cómo ha de practicarse la iniciación?

Estas son, a mi entender, sus cualidades principales:

1. — *La iniciación ha de darse siempre en privado.*

Es demasiado grave el tema para prestarse a conversaciones públicas; y, viendo la confianza con que se le honra, el niño se sentirá halagado, y presto a escuchar los consejos que se le van a dar.

La confianza absoluta, inspirada por el iniciador, llega hasta ser una condición indispensable del buen éxito del método: la lealtad completa en las respuestas a las preguntas del niño, la bondad que se le manifiesta, el allana-

miento de las distancias por la amistad a que se le eleva, toda esa simpática combinación de sentimientos, autoriza al iniciador, cuando termina la plática, a pedir, en dos puntos, la promesa sincera del joven iniciado: de no hablar nunca con sus camaradas de estas materias escabrosas; y, si llegasen a presentarse cuestiones nuevas o sintiese él deseo de explicaciones más amplias, no pedir la respuesta a sus compañeros de estudio, sino a los padres, al confesor, o a quien ha practicado la iniciación. Esos, según el caso, deberían entonces, a manera de justa reciprocidad, hacer la promesa de dar siempre una contestación adecuada.

2. — *La iniciación ha de ser progresiva,* es decir, adaptada a la edad, a la curiosidad legítima, a las necesidades del niño.

Queremos con ello decir que el conocimiento ha de ser suministrado por etapas: al principio, obscuro y vago, sin ser mentiroso; después, más explícito, sin llegar aún a completo; y, por fin, límpido y claro, si la edad lo aconseja. Nuestro

pensamiento quedará elucidado con lo que nos resta decir.

Repitamos, en primer lugar, que han de reducirse a un mínimo las explicaciones fisiológicas, y darse solamente, conforme reclamen la edad y el medio, aquellas que es imposible evitar.

En suma, salvo indicación contraria, se podría retardar hasta la edad de 16 o 18 años, y aun a la época del servicio militar, las noticias *completas* sobre la cuestión de los sexos.

Para mejor aclarar lo que entendemos por progreso y gradación en la iniciación, expliquémonos sobre la *edad en que conviene darla*.

Ninguna edad existe invariable y fija. Hay niños que son más curiosos, abiertos y precoces que otros.

En esta cuestión candente, el punto principal está en hacer todo lo posible para conservar la confianza del niño; y, para ello, ha de evitarse el mentirle, antes bien, conviene satisfacer, sin ir más allá, su deseo de saber.

Si, tal vez, a la edad de tres o cuatro años, interrogase ya sobre la procedencia de los «bebés», estando todavía en él dormidas las pasio-

nes, se podría quizá, a su primera pregunta, hacer como quien nada ha entendido, reservándose el vigilar la dirección de su espíritu.

Si insistiese, o volviese a preguntar con una obstinación que parece dispuesta a lograr su objeto, sería necesario procurar a su curiosidad un alimento pacificador; se le contestaría, por ejemplo: «Es Dios el que los da». Pero, en todo eso, conviene aparentar que ningún caso se hace de esas preguntas prematuras, y, después de contestar a ellas y cambiar discretamente la conversación, hacer como si se las considerase de poca importancia.

Es imposible atender aquí a todas las situaciones ni dar a cada una de ellas una solución única: la línea de conducta será no recurrir jamás a las acostumbradas leyendas, sino envolver la verdad en fórmulas vagas que «cierren la boca» a la indiscreción del niño y permitan más tarde orientar su espíritu hacia una explicación más clara.

La regla, pues, consiste en procurar a la curiosidad del niño o de la niña sólo lo justo para calmarla.

Pero el niño va creciendo: va a la escuela, codéase con camaradas, jóvenes aún sin duda, pero maduros ya, atendida su edad; en las visitas que hace con su madre, corre el riesgo, a medida que su espíritu va despertando, de cazar al vuelo una alusión, o oír palabras que son para él una revelación, o mejor, un misterio: su curiosidad, dormida o incipiente, desvélase de súbito. Además, tiene nueve, diez o doce años, y los peligros de la calle son grandes; los camaradas perversos pululan; según parece, no se puede dejarlo más tiempo en la ignorancia.

¿Qué hacer? ¿Confinarse en el método del silencio? O mejor, ¿no habría llegado el momento de disponerse, por una iniciación ocasional, a la crisis que se anuncia?

Pero para ello exigimos dos condiciones: primera, que los padres hayan educado al niño en una atmósfera de lealtad y confianza absolutas: lo dice todo a sus padres y nada les oculta; segunda, que los padres, siempre en acecho, no pierdan de vista al niño en sus idas y venidas, en sus actos y palabras.

Informados así perfectamente, podrán juzgar

sobre la necesidad, sobre el momento y sobre la amplitud de la iniciación.

Más tarde todavía, a la edad de 14, 16 o 18 años, según las exigencias del tiempo y del medio, la iniciación seguirá su curso normal, conforme al método que estudiaremos.

Llegada la hora de ingresar en el cuartel o en la Universidad, el espíritu del joven ha de ser informado, con delicadeza sin duda, pero también sin restricciones, sobre los peligros que le acechan y las enfermedades venéreas.

3. — *La iniciación ha de ser sencilla y natural.*

Esto quiere decir que la ciencia del origen de la vida ha de comunicarse sin énfasis, sin escenificación solemne, sin desplegamiento de grandes frases ni de aires azorados.

Considerando el origen de la vida como un hecho ordinario, que entra como los otros en el plan de la Providencia divina, se acostumbra al niño a no pensar en él más de lo debido; y su curiosidad, junto con sus sentidos, viven tranquilos en una satisfacción apacible.

A este fin, harán bien los padres en pensar antes las cosas que se van a revelar y las palabras mejor indicadas para ello; escogerán el momento más oportuno para hablar, tomándolo al vuelo con ocasión de una palabra o de una pregunta del niño, y, sin ruborizarse ni ponerse demasiado tiesos, entrarán en materia.

No llego a aprobar del todo, por su forma excesivamente solemne, la manera de obrar de un padre de familia que, aprovechando el pretexto de un nuevo nacimiento, introdujo en la cámara materna a su hijo de doce años, y le dió sobre este fausto acontecimiento las explicaciones oportunas.

Mejor sería preferir el método de aquel que, yendo de paseo con su hijo, tomó ocasión de la edad de éste para abrirle los ojos, con el aire más natural del mundo, sobre el problema de la generación. Mientras hablaba de eso, como se habla de la lluvia o del buen tiempo, se interrumpía a veces para hacer alguna observación divertida sobre los soldados que ante ellos hacían ejercicios.

4. — *La iniciación ha de ser discreta y prudente.*

Lo que acabo de decir no significa en manera alguna que sea cosa indiferente el usar tal palabra mejor que otra, tal giro de pensamiento mejor que otro: la delicadeza del tema requiere delicadeza en el pensamiento, en la expresión, en la palabra.

Recordemos que el niño que nos escucha tiene el espíritu virgen de semejantes impresiones, y que, gracias a nuestra costumbre, o a la involuntaria indiscreción del pequeñuelo, podríamos dejarnos llevar a descubrir una ciencia que excede de muy lejos a las necesidades del momento.

Por lo demás, lo que hasta ahora llevamos dicho y lo que nos resta aún por decir nos dispensa de insistir sobre ese punto.

5. — *La iniciación ha de ser idealizada.*

Por ello entendemos que la idea predominante no ha de ser de orden material o fisiológico, sino de orden moral y religioso.

Es preciso que el aspecto físico pase a segundo término y que en el primer término brillen el oficio de la maternidad y la grandeza de la obra creadora.

Admito que se tolere la noción fisiológica, pues es indispensable; pero puede quedar imprecisa; hasta conviene que, en la medida de lo posible, se la deje sin precisión alguna, a fin de impedir que la imaginación ande errante en torno de las impresiones recibidas, al paso que la interpretación ideal de la generación la libra de todo lo que contiene de humillante y material; y el predominio de la una sobre la otra ha de ser tal que la parte fisiológica quede como perdida de vista delante de la hermosura moral de la triple colaboración del padre, de la madre y de Dios.

VI

Esbozo de un método progresivo e idealizado. — PRIMERA ETAPA: Explicación de la maternidad

Intentemos ahora dar una idea, o mejor dicho, un sencillo esbozo del método progresivo e idealizado que se podría aplicar.

Trátase aquí, no ya de una respuesta vaga y breve que uno se ve forzado a dar a las interrogaciones de un tierno infante, sino de la iniciación propiamente dicha, de una enseñanza oficial, si así puede decirse, del origen de la vida.

A mi parecer, si así conviene, esta primera etapa puede ser impunemente franqueada y rápidamente recorrida: me refiero a la *explicación de la maternidad.*

Según parece, la curiosidad del niño se contentará más fácilmente con la explicación del oficio de la madre, sin que, desde el principio,

haya de tocarse el misterio de la intervención paterna.

¿Y qué interpretación más ideal puede imaginarse que la de las palabras del Ave María: «Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús»?

Cierto día, hace ya casi dos mil años, debiendo realizarse en el tiempo los eternos decretos de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, para reconciliar la humanidad culpable con la divinidad ofendida, resolvióse a aparecer en la tierra bajo la forma de un hombre: ¡oh misterio insondable de la infinita misericordia de Dios!

Para levantarnos hasta El, Dios se dignaba descender hasta nosotros y hacerse hombre como nosotros.

Y, para llevar las mismas flaquezas de nuestra humanidad, quiso pasar, como un hombre mortal, por todas las fases de nuestro destino; he ahí por qué, como todos los demás hombres, tenía necesidad de una madre. Dios, efectivamente, había decidido, cuando creó el hombre, que la madre sería el instrumento de la propagación de la especie humana y, así, que los

pequeñuelos habían de permanecer durante nueve meses en el cuerpo de su madre.

Pues bien, en la víspera de encarnarse o de tomar nuestra carne, decidió Dios también que la segunda persona de la Santísima Trinidad permanecería nueve meses en el cuerpo de la Virgen María, la cual, por la inefable elección de que había sido objeto, se convertía en madre de Dios.

¡Qué grandioso honor para nuestra humanidad! ¡Una mujer elegida por Dios para ser la madre de su Hijo! Si es grande el honor para toda la humanidad, hay que reconocer que es sobre todo inmenso para las mujeres, una de las cuales, la bienaventurada Virgen María, llevó en su seno el cuerpo purísimo del Verbo Encarnado.

Si todos los hombres son hermanos, puede decirse igualmente que todas las mujeres son hermanas, y que un rasgo común hace a las madres semejantes a la madre de Dios: el rasgo de la maternidad; y esta semejanza aumenta cada vez que una madre añade, dando nacimiento a un hijo, un nuevo florón a su corona de gloria.

¿Qué digo? Todos los hombres son hermanos no sólo por ser hijos de Dios, sino que llevan un

carácter de fraternidad más grande y sublime todavía, el de la fraternidad de Cristo: gracias a su vocación sobrenatural, todos los hombres tienen el incomparable honor de ser llamados hermanos de Jesucristo, Hijo de Dios.

Poniendo en el mundo hermanos de Jesucristo, las madres son, pues, por vocación sobrenatural, hermanas de la Santísima Virgen: ¡qué dicha, qué privilegio para la madre! ¡qué amor y qué respeto ha de despertar esta nueva fraternidad en el corazón del hijo para con su madre, que le procura esa dicha!

Pero hay más todavía.

Al venir a este mundo, hemos dicho que, para primer santuario de su habitación aquí abajo, Jesucristo había escogido el seno de la Virgen bendita, donde permaneció, como todos los otros niños, por espacio de nueve meses; luego, dejando este lugar, nació, vino al mundo y se puso, como un niño, a crecer. Pero en el momento de abandonar ese santuario, dentro del cual, en una unión inefable, vivió unido corazón a corazón con su madre, nutriéndose con su sangre, formándose a su imagen, tomando de ella la substancia

humana que había de trocarse en su adorable cuerpo, oyendo los latidos de su corazón maternal, cada uno de los cuales era ya un acto de amor a El, en el momento, digo, de dejar ese santuario, para entrar en el mundo, el niño Jesús no hizo padecer a su padre : su nacimiento fué objeto de dicha y de gozo, sin serlo de pena y dolor. En su omnipotencia, dispensó a su madre de los dolores habituales de la maternidad.

Pues, si las madres tienen de común con la Santísima Virgen el poner en el mundo hijos llamados a la fraternidad de Cristo, difieren de ella en el sentido de que compran este honor con prolongados y penosos sufrimientos.

Sí; la madre padece mucho, y eso mientras lleva al niño en su seno. Apenas ha empezado a vivir, el niño es ya objeto de solicitud, de inquietud y dolor para la que le dará a luz; y, durante esos nueve meses, sabiendo que posee en ella un tesoro tan precioso, la madre está obligada a tener salud para ambos, prudencia para ambos, sufrimiento para ambos ; pero, sobre todo en el momento en que el niño, bastante crecido para vivir separado de su madre, deja el asilo

sagrado que le había dado abrigo durante sus primeros meses, es cuando la madre pasa mayor pena : es como una especie de crisis o de angustia en que el dolor reviste un carácter de suma agudeza.

¿Se entiende ahora por qué la madre ama tanto a su hijo, que es no sólo carne de su carne y hueso de sus huesos, sino también el objeto de sus mayores sufrimientos?

¡Qué afecto, en cambio, debe el niño tener a su madre, siéndole deudor de tantos bienes : la vida, la salud, la dicha de ser cristiano, y costando, además, penas inexplicables a la que le valió tantos dones!

Y no es eso todo.

Al nacer un niño, la madre no sólo experimenta una larga serie de dolores, sino que corre riesgo su vida : durante los nueve meses que el pequeño pasa en el seno de su madre, se halla ésta expuesta a males especiales que pueden comprometer su salud ; y, en todo caso, esta serie de dolores conduce — si bien muy raramente — a un desenlace fatal : más de una madre, al dar la vida a su hijo, perdió la suya propia.

¿Qué abnegación aventaja a la de la madre por el hijo, y qué amor puede superar el que el hijo debe a su madre?

Empleando ideas elevadas y palabras delicadas, anegando lo natural en lo divino, parece difícil que la iniciación pueda causar mal alguno y no idealizar el concepto que de ella debe guardarse.

Puédese, al concluir, preguntar al niño si ha entendido bien lo que se le decía, y si no le queda alguna pregunta por hacer, comprometiéndose, con toda condescendencia y sencillez, a responder a ella lealmente.

Esto es lo que llamaríamos primera etapa de la iniciación.

VII

SEGUNDA ETAPA: Intervención del padre

A la segunda etapa no le faltan dificultades.

¿Cómo dar a entender a un niño, que nada sospecha, la *intervención del padre*?

Veamos si nos sale bien el ensayo.

En cada familia observamos que hay una madre, un padre e hijos.

Conocemos ya el oficio y función de la madre. No sólo es verdaderamente la madre la que da vida a su hijo, sino que, además, le cuida, le alimenta, le sostiene, le educa, como la Santísima Virgen educó al niño Jesús, hasta el momento, muy tardío, en que el hijo es capaz de bastarse a sí mismo.

Y así como Dios puso junto a la Santísima Virgen y el pequeño Jesús, para protegerlos y alimentarlos, a San José, esposo de María y padre nutricio de Jesús, así también dió a toda madre

y a todo hijo un apoyo tutelar, el padre, para protegerlos y alimentarlos.

¿Cuál es, pues, la función del padre?

Acabamos de decirlo: el padre es, en primer lugar, nutricio.

Durante los primeros tiempos, el niño es incapaz de alimentarse él solo, de protegerse a sí mismo contra los peligros exteriores y de ganarse la vida. Su educación, es decir, el desarrollo normal de su cuerpo, de su mente, de su corazón, es obra de todos los instantes. Necesita la presencia activa y continua de la madre. Por esta razón, la madre no puede dejar la casa, ni trabajar fuera, ni emprender obra alguna extraña. Y mientras ella se entrega, con cuerpo y alma, a esa ruda tarea, ¿quién se ocupará en hallar lo necesario y procurar alimento y abrigo para la madre y el niño?

Por esta razón ha decidido Dios que la madre sea ayudada en su ocupación por el trabajo del padre.

Pero la obra del padre es más importante todavía que esa colaboración material. Si la madre es ante todo un ser abnegado, capaz de dar la

vida por su hijo, es también un ser bondadoso, iba a decir débil. Necesita, en su impotencia y pequeñez, sentirse sostenida, para auxilio suyo y sobre todo del niño, por el brazo firme y vigoroso del padre. La educación es, efectivamente, un feliz equilibrio de bondad y energía, de maternidad y paternidad. Por eso el padre, corrigiendo con su fuerte voluntad el exceso que en la madre pueda haber de dulzura e indulgencia, es necesario para la formación del carácter del pequeño. Y esa educación es obra de todos los instantes. Añádase a ello la evolución del espíritu. Con su visión más amplia de las cosas y con su experiencia de los hombres, el padre está mejor preparado para ir levantando poco a poco el velo de ignorancia que obscurece el espíritu.

La colaboración del padre en la educación del niño es, por tanto, desde el punto de vista moral, tan indispensable como desde el punto de vista físico; y esta obra que dura tantos años, ¿cómo queréis que la emprenda el padre si no tiene en ella un interés especial? El desinterés y el heroísmo no son cosa ordinaria. Y ésta es la razón profunda de que Dios haya querido dar al padre una

participación activa en la propagación de la especie humana.

Si ese niño no es una parte de sí mismo, el padre no le amará bastante para instruirle, educarle, corregirle, hacerle el don de su experiencia, del fruto de su trabajo, de los caros afectos de su corazón.

Y, de hecho, así sucede.

En la producción de la vida, la madre lleva la carga más pesada, tiene la parte más dura; pero el padre colabora en ella, aporta un elemento, cumple la mitad de la tarea.

En la historia de la humanidad, Dios ocupó directamente dos veces el lugar del padre en la creación de Adán y de Eva, que salieron vivos, por así decirlo, de las manos del Creador, y en la inefable encarnación del Verbo de Dios, cuyo cuerpo fué milagrosamente creado por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María.

Para empezar a vivir, todos los demás hombres necesitaron del concurso del padre y de la madre; de manera que el niño, teniendo a la vez algo del uno y de la otra, es verdaderamente, en lo físico y en lo moral, el reflejo, la imagen, el

retrato de su padre y de su madre. Esto en grados diversos unas veces tiene más parecido a su madre por el semblante físico, y a su padre por el valor moral; otras veces sucede todo lo contrario.

El niño pertenece, pues, al uno y a la otra; es carne de su carne y hueso de sus huesos; es, en una palabra, producto de su amor.

¡Palabra sublime ésta!

Designa el sentimiento más noble, más poderoso, más activo, que existe en la tierra y en el cielo.

Este sentimiento, que caracteriza el poder de amar, es decir, de inclinarse hacia otros y de darles lo mejor de sí mismo hasta la propia vida, es el que rige toda la acción de la vida divina.

Dios es esencialmente amor ama la Bondad infinita, que es El mismo; ama las creaturas, que son imagen de su divina esencia. La vida íntima de Dios se traduce por un acto eterno e infinito de amor a Sí mismo y a los hombres...

El amor es, por tanto, el sentimiento más hermoso y más divino entre todos.

Y porque, aplicado a la humanidad, es el

reflejo de la vida íntima, quiso Dios que tuviese también su parte entre los hombres.

Lo cierto es que Dios inspiró al hombre para con la mujer y a la mujer para con el hombre un sentimiento de amor, pálido reflejo sin duda del amor divino, pero real y sincero. Y precisamente en la expresión más perfecta de este amor, en la unión, es donde el padre y la madre ponen en común los elementos humanos que van a dar la existencia al niño.

Pero ese misterio, ya de sí tan bello, de la producción de la vida, esa maravillosa colaboración del padre y de la madre, reviste aún, por el hecho de la intervención de un poder más alto, cierto carácter divino.

En efecto, ¿de dónde viene el alma?

El padre y la madre, simples creaturas de carne y sangre, son incapaces de crear un ser espiritual e inmortal como es el alma: requiérese para ello la omnipotencia de Dios.

De suerte que el acto de poner en común el elemento paterno y el elemento materno tiene el increíble poder, si es lícito hablar así, de poner en movimiento la actividad divina; y, en el

mismo instante, Dios crea un alma inmortal, que une maravillosamente a los elementos materiales suministrados por el padre y la madre.

¿Puede acaso imaginarse operación más bella, más magnífica, más importante?

Esta unión del padre y de la madre — fecha memorable en los anales de la tierra y del Cielo— tendrá por resultado la creación de un ser cuyos destinos, lejos de permanecer terrestres, alcanzarán, por razón de la inmortalidad de su alma, gran resonancia en las eternidades.

¿Quién no comprende la responsabilidad que a sus autores incumbe, por el hecho del formidable poder de que los ha revestido Dios? A manera de Trinidad de un nuevo orden, que une, a semejanza de la divina, los efectos de su facultad propia para dar existencia a un ser inmortal, el padre, la madre y Dios operan, cada cual según su naturaleza, una triple maravilla, cuyo único resultado será la imagen de su esencia.

¿Y quién, sea padre o madre, osará jamás perder de vista que, por esta delegación del poder divino, está llamado a concurrir a la procreación de un hombre?

¿Quién osará, en el uso de ese poder, frustrar los planes divinos y hacerse culpable, por no sé qué aniquilamiento de la facultad creadora de Dios, de una violación de su privilegio paterno o materno?

La responsabilidad del padre y de la madre aumenta aún si se considera la importancia de sus deberes para con la sociedad; pues de ellos depende la recluta de los ciudadanos, su número, su valor físico y moral, su espíritu de iniciativa, los principios de su acción. La sociedad de mañana será tal como la hagan los hijos que nacerán.

Más aún: la Sociedad de la Iglesia y del Cielo será tal como la hagan, con la gracia de Dios sin duda, los descendientes del padre y de la madre. ¿Serán numerosos esos ciudadanos de la Iglesia y del Cielo? ¿Serán educados según su cualidad de hijos de Dios y hermanos de Jesucristo? Estarán, conforme a su vocación, hábilmente dirigidos hacia el amor de Dios, hacia un rendimiento completo de sus actividades sobrenaturales y, a fin de cuentas, hacia la santidad?

¡Formidable problema, cuya solución depende, en primer término, del padre y de la madre!

VIII

Remedios contra las iniciaciones perversas

Es cosa evidente que la colaboración del padre y de la madre en la generación constituye una acción tan noble que merece todo respeto y no puede nunca ser objeto de burla ni de palabras livianas.

¡Atrás, pues, los corrompidos y viciosos que quieran rebajar esta divina operación haciéndola tema de chanzas o de malas conversaciones!

Esta es una de las primeras conclusiones que se imponen después de las consideraciones que acabamos de hacer: ¡respeto a la acción creadora!

Hay otra no menos digna de atención: la colaboración de Dios en el acto generador del padre y de la madre tiene por consecuencia, según hemos visto, la creación del alma. Esto equivale a decir que en este caso un ser inmortal, cuyos

destinos dependerán de la educación del padre y de la madre, queda así lanzado en el tiempo y en la eternidad: acontecimiento de importancia esencial. Siendo así, Dios, que es el dueño, tiene derecho a imponer condiciones a un acto que trae consigo, por su propia naturaleza, la participación divina. Estas condiciones consisten en que el padre y la madre, los esposos, estén legítimamente unidos en matrimonio y se conformen a las prescripciones de la ley de Dios.

Por consiguiente, toda acción contraria a esta voluntad divina constituye pecado mortal.

Una tercera conclusión, derivada de la segunda, es que los jóvenes, llamados, en un porvenir más o menos lejano, a la alta dignidad de la paternidad, han de respetar en sí mismos las fuentes de ese poder latente.

Cualquier abuso de esta facultad sería una grave ofensa, que traería para la salud del cuerpo, de la mente y del alma las más funestas consecuencias.

Y no sólo habría pecado grave en todo abuso positivo, sino que los mismos pensamientos perversos, los deseos impuros, las malas conversa-

ciones, cuando incluyen la voluntad consciente de hacerse uno responsable de ellos, constituyen pecado mortal.

El joven bien educado no habla nunca con sus camaradas de esas delicadas materias, y, si se le presenta el caso de necesitar alguna aclaración, se dirige a sus padres, o a su confesor, o a su director de conciencia.

Cuando las circunstancias o el medio reclaman explicaciones de orden fisiológico, parece ser éste el momento indicado para darlas.

Esta es la teoría.

La práctica, con todo, difiere muchas veces de ella.

¿Cuántos padres se preocupan de prevenir a sus hijos, con una enseñanza apropiada, contra los peligros de los compañeros y de la calle?

Sin querer ver las cosas excesivamente negras, se puede afirmar que el 90 por 100 de los jóvenes, y aun de los niños, reciben de boca de malos compañeros la iniciación en el misterio de la vida; no queremos con ello decir que la cifra de los niños corrompidos llegue a esta proporción:

gracias a Dios, en nuestras escuelas católicas son numerosos los niños protegidos como por milagro contra el vicio impuro; pero los naufragios son aún demasiado frecuentes, y su salvamento es obra sobremumana.

Quisiera, por fin, indicar brevemente los remedios de este mal, y los medios para enderezar una mentalidad maleada por una iniciación perversa.

Hay, desgraciadamente, impresiones que nunca llegan a borrarse, y hábitos que, como las cicatrices de una herida profunda, dejan señales indelebles.

Sin participar del parecer de aquel profesor de teología que opinaba que los hábitos viciosos sólo con el recurso al sueño hipnótico llegan a desarraigarse, es cierto que la vuelta a la salud normal, una vez la iniciación perversa con su largo cortejo de caídas ha maleado la conciencia, no es obra de un día.

¿Qué pueden hacer, prácticamente, los padres cuando advierten que su hijo ha sufrido ya las acometidas del vicio?

Directamente, juzgo yo que poca cosa: po-

nerle en manos de un director espiritual hábil, vigilar sus camaradas, alejarle de las ocasiones de pecar, procurarle facilidades para acudir a la sagrada comunión, fomentar su espíritu de trabajo, rogar mucho por él.

Con todo, como no quiero que los padres que me oyen continúen en la ignorancia del método que conviene seguir, quiero trazar aquí las reglas de la corrección.

Siento como principio que, a pesar de las apariencias y dificultades, un joven atacado del mal hallará en la práctica de la dirección espiritual y en la comunión frecuente el remedio de su miseria.

Un director espiritual: por tal entiendo un sacerdote experimentado, a la vez bueno y enérgico, capaz de inspirar al niño una confianza ilimitada y de ejercer sobre él una influencia mágica que alienta y cura.

A este confidente de sus pensamientos y acciones, dejará el niño su corazón y conciencia enteramente abiertos; no le ocultará ninguna de sus tentaciones, de sus dificultades, de sus andanzas, de sus caídas. Recurrirá a él con fre-

cuencia, con tanta frecuencia como reclamen las crisis de su mal; a pesar del rubor que por sus debilidades experimente, hallará en la buena acogida fuerza renovada para multiplicar sus visitas; y poco a poco la energía multiplicada por la influencia del director irá sobreponiéndose.

Esto es, a mi juicio, Señoras y Señores, el consejo áureo que creo poder daros: inspirar a vuestros hijos la feliz idea de escoger un confesor fijo, o mejor, un director espiritual.

¿Y cuál será la acción de ese director?

Deberá en primer lugar poner en su punto la iniciación falsificada y la conciencia desviada.

Con claridad de expresión y vigor de afirmación — puesto que aquí no hay temor de herir la conciencia — se tratará de llamar la atención del joven hacia la naturaleza y alcance del pecado. Raras veces ocurrirá que su inteligencia haya sufrido error sobre la gravedad de la culpa; con mayor frecuencia, habrá de liquidarse el largo silencio de un pasado lleno de sacrilegios; entonces habrá que comunicar luminoso relieve a la grandeza y belleza de la colaboración del

padre, de la madre y de Dios, e insistir mucho sobre las consecuencias físicas, morales y sobrenaturales de la mala costumbre.

Recordemos de paso que la pintura de las consecuencias físicas, por muy objetiva y terrorífica que sea, no tiene grande fuerza para alejar por mucho tiempo un hábito adquirido: la impresión puede durar algunos días; después, con el pretexto satánico de que más tarde se pondrá orden en estas cosas, se recae tranquilamente en el atolladero del pecado.

No; el camino de la curación no es terrenal, sino celeste.

El director espiritual se impondrá entonces como principal deber el inspirar al enfermo una inquebrantable voluntad de corrección: de ella depende la salud del cuerpo y del alma, el porvenir temporal y eterno. Renunciar generosamente a la tentación de saborear el placer, y emplear todos los medios espirituales para curarse, son los puntos precisos a los cuales habrá de dirigirse todo el esfuerzo inquebrantable del joven.

El director espiritual, además, puede sugerir, según las circunstancias, para el momento de

la tentación, una línea de conducta precisa y enérgica.

Los *medios espirituales* son los siguientes :

1. Oración frecuente y fervorosa, llamamiento reiterado al socorro divino, vivo sentimiento de la presencia de Dios, devoción a la Santísima Virgen.

2. Práctica de la confesión franca y leal, tan frecuente como la necesidad indique ; inspirar al niño la voluntad de no permanecer un solo día con la conciencia cargada.

3. La mayor frecuencia posible, aun diaria, de la sagrada Comunión.

Los *medios naturales* redúcense a los siguientes :

1. Trabajo perseverante y enérgico, que tenga ocupado el espíritu y no deje lugar a las malas tentaciones.

2. Mortificación, consistente en la privación de un goce o en la imposición de un dolor : nada mejor, para templar la energía y acrecentar la fuerza de resistencia, que la práctica diaria de la mortificación.

3. Huir de las ocasiones, esto es, de las

malas conversaciones, de los compañeros perversos, de las lecturas peligrosas, de los espectáculos enervantes, de los grabados e imágenes deshonestos, y, sobre todo, de la ociosiodad.

4. El equilibrio de una salud perfecta, que se mantiene gracias a un reposo normal y a una alimentación desprovista de excitantes. No olvidemos que cualquier desequilibrio del sistema nervioso, provocado por una tensión excesiva, aviva el recuerdo de los hábitos antiguos y el deseo de nuevos goces.

Esta conferencia, ya muy larga, es, con todo, demasiado breve para las cosas que pensaba yo deciros.

Me había propuesto leeros la traducción del método de iniciación del pedagogo Foerster, estudiar más extensamente la manera de corregir una mentalidad maleada por la iniciación perversa, y, sobre todo, entrar en una cuestión de extrema importancia, que nadie, seguramente, debe de sospechar : me refiero a la educación del sentimiento del amor.

No tengo tiempo ni aun para consagrar a este

último tema un resumen de mi pensamiento. Valdrá más, a mi entender, guardarlo para otra circunstancia.

Finalmente, Señoras y Señores, ¿queréis conservar en la pureza y restituir a la virtud esos hijos que amáis más que a vosotros mismos? Hacedles tomar parte, cada año, en una tanda cerrada de Ejercicios.

Durante las vacaciones de Navidad y Pascua, y aun en las vacaciones de verano, se organizan en muchos lugares retiros espirituales cerrados: ahí, a esas casas benditas, conviene que enviéis vuestros muchachos a tomar un baño de energía y reparar sus fuerzas espirituales para el combate de la pureza.

¡Ojalá sepamos, padres y maestros, educar a nuestros hijos en los más perfectos sentimientos de pureza, a fin de que pueda verse cumplida, sin obstáculo de su parte, en sus destinos temporales y eternos, la voluntad de Dios!

III

Dos métodos de iniciación

Proponemos aquí, sin pretensión alguna, dos muestras de iniciación: en la primera, hemos tenido presente la acción divina en el proceso de la generación; en la segunda, sin excluir esta necesaria intervención, Foerster no hace alusión a ella: éste es su defecto; pero, a quien quiera seguir su método, no le será difícil introducirla en él.

I

Ensayo de iniciación por la explicación de la célula viva

¿Será posible recurrir al siguiente método? Es la iniciación por la explicación de la célula viva.

Todos los seres vivientes están compuestos de células: las plantas, los animales, los hombres.

La célula es el corpúsculo organizado al cual se llega, cuando se descompone la materia viviente en sus elementos constitutivos.

Si se redujese el ladrillo, la piedra, la tierra, a su más mínima substancia, se llegaría al polvo; analizando los seres vivos y estudiándolos en sus mínimos elementos, se llega a la célula.

Todos los seres vivos — plantas, animales, hombres — están compuestos de células, la razón de llamarse *célula* (celdilla) el elemento primero y fundamental de la vida es que un grupo de células, visto al microscopio, presenta sensiblemen-

te el aspecto de un panal de miel, compuesto, como se sabe, de celdillas o alvéolos.

Algunos seres vivientes — como los infusorios, las amibas, los microbios — son en tal grado pequeños que sólo tienen una célula: llámaseles monocelulares o unicelulares. Los demás están compuestos de colonias, y con frecuencia — el hombre, por ejemplo — de un número indefinido de células: se les llama pluricelulares.

Esto equivale a decir que la célula es un ser minúsculo, cuya existencia y contornos sólo al microscopio pueden verse. A pesar de su pequeñez, la célula es tan interesante como complicada.

Compónese principalmente de tres partes distintas: el *protoplasma* o citoplasma, donde se realiza, puede decirse, la circulación de la sangre, pues la célula es un ser vivo; el *núcleo* o centro, correspondiente al corazón; y la *membrana*, que fija los contornos. Desde ese triple punto de vista, se puede comparar la célula a un huevo: el huevo comprende la yema, que corresponde al núcleo de la célula; el blanco o clara, que corresponde al protoplasma; y la cáscara, que corresponde a la membrana.

En el interior de ese minúsculo ser se ejercen todas las funciones de la vida : la respiración, la circulación, la digestión, la multiplicación.

Todos los seres vivos, compuestos de un número indefinido de células, salieron de una célula inicial ; así, en un momento dado de nuestra existencia, cada uno de nosotros no era más que una célula.

Esta primera célula dió nacimiento a otras, las cuales, a su vez, dieron origen a otras ; y todas ellas, multiplicándose hasta el infinito, llegaron a constituir el organismo de nuestro cuerpo.

Opinan los médicos que, llegado al término de su desarrollo, el cuerpo humano está compuesto de ochocientos mil millones (800.000.000.000) de células : ¡ cifra fantástica y maravilla incomparable !

Esos ochocientos mil millones de células son todas parecidas, compuestas como están de los mismos elementos : protoplasma, núcleo, membrana, y todas diferentes, puesto que cada una tiene su función especial : contribuyen a formar el cuerpo humano con sus partes, sus órganos, sus miembros. Unas, en efecto, sirven para cons-

tituir los ojos, otras las orejas, los brazos, etc., y están dispuestas con tanta armonía, regularidad y precisión, que toda esa multitud de pequeños seres diversos funciona como si todos no formasen más que uno, siendo ochocientos mil millones.

Y, según hemos dicho, esa infinidad de tenues elementos, tan parecidos y a la vez tan diferentes, salieron de una primera célula, que contenía en potencia, con su semejanza y diversidad, con su vida particular y su función social, los ochocientos mil millones de células del cuerpo humano.

¿No demuestra esto que ha de ser infinitamente sabio el autor de esa máquina humana, mil veces más complicada que los mecanismos inventados por los hombres, y que hemos de admirar sin reservas el incomparable poder de Dios, que sacó, de un ser tan minúsculo como la primera célula, una cosa tan compleja y bien proporcionada como nuestro cuerpo humano?

Repitámoslo: todo ser humano salió de una primera célula, que fué, por decirlo así, la madre de todas las demás.

Pero, ¿de dónde es originaria esta primera célula?

Cosa curiosa: la primera célula de los seres vivientes, y en particular de los hombres, fué constituída en su origen por la fusión de dos elementos, uno de ellos suministrado por el padre y el otro por la madre: el elemento paterno y el elemento materno, puestos así en común, se funden en un solo ser, que es la primera célula, y que, multiplicándose al infinito, va a convertirse, después de nueve meses de permanencia en el cuerpo de la madre, en el parvulillo que vendrá al mundo, vivirá solo y continuará creciendo hasta llegar a ser un hombre.

Pero ese conjunto de células, que será el pequeñuelo, no se ha desarrollado sin la intervención de otra maravilla: la creación directa por Dios del alma inmortal.

Pues, ya se sabe, no fueron los padres, sino Dios sólo el que creó el alma, y la creó por un acto directo, sacándola de la nada: en efecto, una creatura espiritual, como el alma humana, no puede venir a la existencia más que por el acto creador de un ser también espiritual, infinitamente poderoso.

Apenas el elemento paterno y el elemento ma-

terno se unieron dentro del cuerpo de la madre para formar la primera célula, inmediatamente, según la opinión más probable, Dios creó un alma inmortal, para animar esa célula y hacer ya de ella un verdadero ser humano.

Son, por tanto, tres las personas que intervienen necesariamente en la producción de un nuevo hombre: el padre y la madre, que ponen en común los elementos materiales de la primera célula, y Dios, que, en el mismo instante, crea el alma inmortal.

¿Puede imaginarse obra más bella y sublime?

Y la función del padre y de la madre, que da ocasión a la creación del alma, ¿no es lo que hay de más grande, más noble y más divino en el mundo?

La célula primera, que, gracias a la creación del alma, es ya un ser humano, hállase, pues, en el cuerpo de la madre. Debajo del corazón, en el seno materno, es donde dispuso Dios que el pequeñuelo viva durante los nueve primeros meses de su existencia. Allí, participando de la vida de su madre, alimentándose de su sangre, sin dejar por eso de tener existencia propia, el pequeño

ser aumenta, se desarrolla, evoluciona, hasta el momento en que, capaz de vivir por sí mismo, sale del santuario que Dios le ha asignado y viene al mundo: nace.

Tiene entonces ya, como decíamos, nueve meses.

Pero sus años sólo empiezan a contarse a partir de su nacimiento. Para dar a luz a su hijo, la madre, por lo menos usualmente, padece vivos dolores, que a veces duran algunas horas. Una vez venido al mundo, el niñito es ya, para sus padres, causa de grande alegría.

Al poner Dios un alma inmortal en la primera célula, puede decirse que llamó al padre y a la madre al honor de colaborar con su potencia creadora: ponen en el mundo un nuevo hombre, cuyos destinos son inmortales, y cuya vocación es dar gracias a Dios por toda la eternidad. ¿No es ésta una función noble y hasta maravillosa, puesto que el padre y la madre son responsables de una nueva vida y, además, con ello cumplen la voluntad de Dios?

Pues así lo decretó Dios: queriendo perpetuar en la tierra la raza humana, confió al hombre y

a la mujer el cuidado de preparar los elementos materiales, en los cuales El se encarga de infundir el alma inmortal.

A este fin, formó al hombre y a la mujer diversos el uno del otro; el cuerpo del uno y el cuerpo de la otra, dotados de diferentes cualidades, poseen, en efecto, aptitud para completarse mutuamente, de modo que no formen más que una carne. La unión de los cuerpos se realiza por los órganos de la generación, que, en el hombre, son exteriores, y en la mujer, interiores; en el momento de esa unión, los elementos materiales que van a producir la primera célula son suministrados, el uno por el padre, el otro por la madre; y la primera célula, así organizada, permanece en el seno de la madre, donde se desarrolla, como hemos dicho, y engendra millares de millones de células, que constituyen el cuerpo del niño, capaz de vivir por sí mismo pasados nueve meses.

La procreación de los niños es cosa, pues, determinada por la Providencia, y ordenada en tales condiciones que el padre y la madre desempeñan en ella un papel indispensable. El resultado de esa triple colaboración es un ser humano, do-

tado de cuerpo perecedero y de alma inmortal.

Hay en eso, preciso es reconocerlo, una obra magnífica y divina, puesto que el nuevo hombre tendrá por toda la eternidad un destino sublime.

Por tanto, Dios, que es el señor, tiene derecho a señalar condiciones a la unión del hombre y la mujer, pues esta unión posee el privilegio formidable de poner en ejercicio la potencia creadora. Comprometiéndose Dios, en virtud de la Providencia que ejerce sobre la humanidad, a colaborar con el hombre y la mujer, el acto de unión sólo será legítimo cuando responda a las intenciones y a la voluntad de Dios. Pues bien, esta voluntad exige que el hombre y la mujer sólo en el estado de matrimonio pongan en común los elementos susceptibles para formar una célula humana.

De ahí que toda unión de un hombre y una mujer fuera del matrimonio sea contraria a la voluntad de Dios y, por consiguiente, pecado mortal.

El uso, pues, de los órganos especiales destinados por Dios a la generación no está permitido más que en el matrimonio: *todo abuso de esta*

facultad misteriosa, cometido aisladamente o en compañía, constituye pecado mortal, y es hasta susceptible de tener sobre la salud del cuerpo consecuencias funestas.

Es preciso declarar también que hasta los *pensamientos voluntarios, los deseos consentidos y las palabras licenciosas,* relativos a las delicadas cuestiones de la generación y cuyo objeto es producir un placer prohibido, son asimismo pecado mortal.

En esas faltas hay siempre materia grave, a causa del extremo peligro que se corre de caer en ellas y por la perversa tendencia de nuestra naturaleza, que, si no nos oponemos, nos empuja irresistiblemente.

Sólo será leve la falta cuando no hubo pleno conocimiento, o no se consintió del todo.

Un joven bien educado no habla nunca entre sus compañeros de estas materias turbadoras. Y hasta, si oye a éstos sostener conversaciones malas, tiene el valor de imponerles silencio, no sólo con su actitud desaprobadora, sino aún, si es preciso, con reprensiones enérgicas. La actitud más digna de aconsejarse es evitar esos

compañeros perversos, cuando hay posibilidad de hacerlo.

Recordará el joven que los *pensamientos o imaginaciones malas* que fácilmente se presentan en su espíritu y aun a veces se agarran a él, no resultan pecado, mientras se esfuerce en arrancarlos y se niegue a consentir ningún placer voluntario.

Al contrario, si los rechaza valerosamente y de ningún modo los consiente, son para él ocasión de méritos delante de Dios, puesto que, de este modo, ha resistido a una tentación difícil.

Si sólo imperfectamente consintiera o no acudiese presto a la lucha, mostrando en ello cierta negligencia, cometería pecado venial.

El pecado grave consiste en darles total consentimiento.

Lo mismo debe decirse de las *tendencias o aficiones perversas* de nuestra naturaleza, que, si se las admitiese, se convertirían en malos deseos.

Las *palabras y las conversaciones* pueden ser simplemente groseras o positivamente malas.

Si no salen del dominio de la grosería o de la pura inconveniencia, no constituyen pecado.

Si, por lo contrario, son positivamente perversas, pueden ser pecado, aun grave, si, al tomar parte en ellas, se hacen ocasión próxima de pecado mortal.

Participar en ellas significa o intervenir positivamente en la conversación o escucharla con agrado.

De aquel que, hallándose en un grupo donde se tienen malas conversaciones, no participa en ellas en manera alguna ni las aprueba interiormente, no puede decirse que su silencio constituya grave pecado, a menos que hubiese en él seria razón de escándalo.

Para defender la virtud de la pureza, debe el joven:

1. Evitar las ocasiones, es decir, las malas compañías, las conversaciones arriesgadas, los espectáculos licenciosos, las lecturas peligrosas, las pinturas o grabados indecentes.

2. Evitar la ociosidad, principalmente en tiempo de vacaciones.

3. Evitar todo exceso en el comer, y más aún en el beber.

4. Amar el trabajo, entregarse a él de todo

corazón, tener legítimas ambiciones de triunfar y aun sobresalir en la carrera escogida.

5. Llenar sus horas de descanso y sus vacaciones con distracciones y goces honestos, que ocupen a la vez el espíritu y fatiguen moderadamente el cuerpo.

6. Por encima de todo, practicar la piedad, esto es, poner en la base de su vida el amor y temor de Dios, acercarse a menudo a los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, ser asiduo en la oración, y muy devoto de María Santísima.

7. Entre los medios de orden sobrenatural, dar mucha importancia a la práctica de la dirección espiritual; la cual consiste en escoger como director un sacerdote experimentado, que sea un verdadero amigo y a quien, como en libro abierto, se descubran los pensamientos íntimos, las dificultades, las tentaciones, las faltas.

A este amigo sobre todo han de explicarse las inquietudes, pedirse la solución de las obscuridades, abrirse el corazón, en una palabra, no ocultar nada...

II

Método de Foerster

La madre a su hijo:

Ya ves, querido hijo, cómo vas creciendo y has llegado ya a ser un muchacho serio; por esto me he determinado hoy a hablarte de un asunto tan grave como importante.

De seguro que alguna vez te has hecho esta pregunta: «¿De dónde vienen los niños al nacer?» Tú no crees ya en que la cigüeña los traiga o lleguen facturados de París; te habrás ya dicho que eso son cuentos infantiles semejantes al de los Siete Cuervos, al de Blanca Nieve o al de los Pigmeos (Leyendas alemanas).

Fíjate: cuando te miro en los ojos y te llamo «hijo mío», no quiero con ello decir solamente que me has sido dado para amarte, cuidarte y educarte; no, pienso también en otra cosa, en algo más bello que los cuentos de Cigüeña, algo

absolutamente verdadero, aunque de momento te cueste el creerlo. ¿Quieres saber de qué se trata? Figúrate: tú y yo nos conocemos hace ya mucho más tiempo de lo que te imaginas; hace ya años, estábamos tú y yo muy cerquita el uno del otro, antes que vinieses al mundo. «¿Cómo es eso posible?», preguntarás. Sí, escucha con atención: ¿Has observado cómo la semilla que da nacimiento a la planta permanece profundamente escondida en el cáliz de la flor, luego crece al fin del otoño, hasta llegar a la madurez, y se desprende, o bien, atada a tenues hilos, empieza su viaje por el mundo? Pues bien, tú también, como tierno capullo, has dormido largo tiempo, largo tiempo, en el cuerpo y debajo del corazón de tu madre.

¿Entiendes ahora por qué te amo tanto yo y por qué tú te sientes tan pegado a mí? Sí, nos pertenecemos el uno al otro más íntimamente de lo que puedan dos hombres pertenecerse en la tierra: formamos un solo cuerpo y una sola alma. Escucha: muchos meses antes que, a costa de penosos sufrimientos, te diese yo a luz, había sentido que estabas muy vivo en mi seno; y no

sólo te comunicaba lo más puro de mi sangre, sino que forjaba para tu almita mil anhelos, para que llegase a ser pura y fuerte; me esforzaba además en llenar mi corazón de pensamientos piadosos y buenos que, cual ángeles de la guarda, bajasen hasta ti y colmasen de bendiciones tu vida joven que iba desplegándose. ¿Y puedes acaso imaginarte cuánto era mi deseo de ver llegado el momento en que me mirarías con tus propios ojos?

Y supongo que ahora querrás saber cómo se realiza el hecho de que, a manera de una minúscula semilla, hayas tú dormido durante años quieto en mi cuerpo, y que luego de repente hayas empezado a crecer, a moverte, hasta venir a la luz del día. ¿Fué acaso el sol quien te despertó, así como, en primavera, hace salir del suelo los gérmenes de la planta?

Sí, seguramente, fué un rayo de sol: el amor de tu padre por mí, ése fué el sol que te llamó a la vida, como el beso de la princesa despertó a la «Bella que en el bosque dormía».

No es sólo la mujer la que lleva gérmenes de futuros hombres; también los lleva el padre.

Pasa exactamente como en las flores, que, fuera de raras excepciones, no producen frutos hasta que la flor femenina ha sido vivificada por el polvo fecundante o el polen de la flor masculina. En las flores, esa fecundación se produce por la acción del viento que transporta los gérmenes de una corola a otra, o por la de los insectos que, revoloteando de una corola a otra en busca de miel, llévanse en sus patitas un poco de polvo fecundante y lo introducen entonces en una corola femenina: así se obra la unión de ambos gérmenes. Algunas flores son incapaces de producir frutos sin este servicio que los insectos les prestan: se ha hecho muchas veces la experiencia de ello, a propósito de las higueras, por ejemplo, que alguien trató de transplantar a países extranjeros: faltaron allí los insectos especiales que, en la patria de las higueras, transportan el polen de una planta a otra (y el árbol quedó estéril).

A pesar de estas curiosas semejanzas, existe, entre la planta y el hombre, una diferencia enorme. En las plantas, no existe amor entre la flor femenina y la flor masculina, sino que un zumbador insecto se encargó de acercar ambos gér-

menes; al paso que, entre los hombres, es el tierno amor del hombre a la mujer quien los impele a convertirse en una sola carne, pues sus almas están unidas y cada uno encuentra en el otro el mayor goce de su corazón. Cuando el hombre y la mujer entran en el matrimonio, la más íntima fusión corporal llama a la vida el germen de un nuevo hombre, de un ser que hereda algo de los dos y junta en sí los rasgos y las cualidades del padre y de la madre. En esto, propiamente hablando, consiste la verdadera unión matrimonial, cuando, de ambos seres humanos y del mutuo amor, procede uno tercero.

Y si yo añado que la madre pone en el mundo a su hijo en medio de los mayores padecimientos y su vida corre siempre riesgo cuando el pequeño la deja, entenderás por ahí la razón de que el amor entre madre e hijo tenga lazos más sólidos que cualquier otro amor en la tierra.

Habiendo hoy tenido conocimiento de esto, podrás ponerte en guardia contra muchos peligros que amenazan a los ignorantes; ellos no saben el sentido profundo de lo que en lo por venir les espera: llegar a ser más tarde ellos mismos pa-

dres y madres, no por bondad de la cigüeña, sino por su cuerpo y su alma. Si el cuerpo es corrompido y el alma sin energía, los niños que nacerán de tal cuerpo y de tal alma [1] serán también corrompidos y viles. Pues la semilla del hombre es, por decirlo así, un extracto de su propia substancia : todo lo que es bueno y malo, todo lo que es fuerte y débil en un hombre, entra de algún modo en el germen por el cual será engendrada una nueva vida ; y por eso trabajas tú ya ahora, todos los días, no sólo en fortalecer tu cuerpo y tu alma, sino, además, en preparar la vida y el destino de tus propios descendientes ; y todo cuanto ganas en pureza, en fuerza y en amor, será la bendición y la herencia más excelente de los que un día te han de llamar padre.

Ya entiendes también—de ello estoy segura—

1. El señor Foerster, evidentemente, no quiere decir que el alma del niño venga del alma de los padres : esto sería un error, pues el alma es directamente creada por Dios. La continuación del texto, en efecto, indica que el niño, así en lo físico como en lo moral, hereda cualidades y defectos de sus padres. Y en este sentido tiene razón el gran pedagogo.

que no se ha de hablar más que con temor y vergüenza de las partes del cuerpo destinadas a la procreación del niño. Se las ha de conservar puras y respetar como sagradas, no sólo por ser las cosas más perfectas que la naturaleza ha creado, sino porque una inmensa suma de felicidad humana depende de la manera como sean preservadas de todo daño y profanación y de que logren escapar a la dominación de los malos pensamientos.

Y si, tal vez, algunos camaradas se burlasen de ti, en la escuela o en la calle, porque no quieres tener conversaciones malas o frívolas, no te avergüences de tu pureza, y piensa : «Si supieseis lo que yo sé, no hablaríais así».

IV

Oficio del maestro y de la maestra

I

Necesidad de una educación temprana de la pureza

SEÑORAS Y SEÑORES :

El tema que en vuestra presencia voy a tratar es de una importancia vital para el porvenir del niño.

Su orientación definitiva dependerá, en gran parte, de la solución que él dará al problema de la pureza.

Todos sabemos que Dios ha infundido en el hombre una poderosa tendencia a la continuación de su ser por la transmisión de la vida.

Esa tendencia, que a veces se manifiesta muy temprano, sigue al hombre hasta el sepulcro, conviértese muchas veces en la más absorbente de sus actividades, y rige, consciente o inconscientemente, el conjunto de su destino.

Más aún: puede decirse que, desde el punto de vista moral, muchos hombres ordenan su existencia en función de la actitud que han adoptado respecto de la pureza.

Y esa misma actitud no deja de ejercer su influencia sobre la posición que tomarán frente a la Religión y a la existencia de Dios.

¿No hemos observado cien veces que, en el momento de la pubertad o en la hora del triunfo de las pasiones, es cuando los principios vacilan, las vidas se orientan en uno u otro sentido? Es que, para decidir su suerte, el joven, la joven, y aun el hombre formado, quizá a veces el anciano, hallaron, en la formidable lucha en que el vicio triunfó, razones que no son tales: ¿no se dice que el corazón tiene razones que la razón no conoce?

Pues bien, en hora muchas veces temprana, esa dirección fatal del porvenir se elabora en el fuero interior y en la conciencia íntima del niño; y el proverbio inglés: *The child is father of the man* (el niño es el padre del hombre) reviste en este punto carácter de verdad profunda. Realmente, descúbrense en el hombre los sentimientos, las ideas, las convicciones que dormitaban o

eran sólo un germen en la inconsciencia del niño; y la decisión tomada en la hora de las primeras sacudidas sexuales es el punto de partida, muchas veces definitivo, de la manera de considerar la vida. ¡Cuántas veces, prolongando hacia el porvenir la mentalidad, los hábitos, la conducta de tal o cual niño, se han podido prever, con la infalible certidumbre de un doloroso diagnóstico, las catástrofes morales de una vida desenfrenada!

Es, pues, urgente educar el sentido de la pureza, enseñar el dominio de las pasiones, sujetar el vicio impuro, que, como león furioso, anda al rededor del niño y amenaza devorarle.

Y puesto que, entre las edades de seis a catorce años, es cuando se forja en este punto la orientación definitiva, el maestro, que ocupa cerca del niño el lugar de los padres, tiene el deber esencial de vigilar la educación de la pureza.

II

El buen ejemplo del maestro

Cosa curiosa : la pureza es un tema que, fuera de la necesaria explicación del sexto mandamiento, no puede nunca tratarse de frente ; sólo indirectamente, por la iniciación y la práctica de cierto número de virtudes, se consigue inculcarla.

La más necesaria de todas las virtudes — si es lícito darle el nombre de virtud, pues valdría más llamarla síntesis de todas ellas — es la práctica del *buen ejemplo*.

Todos sabemos que el niño es esencialmente imitador, y que es mil veces más sensible a la lección de las acciones que al precepto de las palabras.

Sin querer meterme aquí en la vida privada del educador, me tomo la libertad de recordarle que su *porte* delante del niño ha de andar siempre adornado de respeto y decencia : ni senta-

do ni derecho ha de dar nunca la impresión de molicie.

Nunca, ni en público ni en privado, contendrán sus palabras alusión alguna a un tema inconveniente, ni se propondrán hacer vagabundear la imaginación del escolar en torno de asuntos equívocos. Si se impusiere inevitablemente la obligación de hablar de materias delicadas, lo hará en términos discretos y naturales, guardándose de insistir, absteniéndose de bromear.

Nunca sus *gestos* llevarán la marca de una familiaridad excesiva. Si quiere verse respetado del niño, respétele primero a él. Y, para conservar su estima, conviene tratar a todos bajo un pie de igualdad: las preferencias son la peste de la educación. Las privanzas, las amistades particulares, los testimonios sensibles de afecto, infatúan los caracteres y minan la autoridad.

Ejemplo indispensable es el de la *sobriedad:* la embriaguez conduce a la impureza. Y, en este punto, al buen ejemplo debe el profesor añadir el precepto.

III

Educación del ideal

La verdadera lucha contra el vicio impuro está en la fuga: huir de ocasiones, de lecturas, de espectáculos, de ostentación, de conversaciones, de compañías.

De buen grado diría: *huir de la obsesión sexual.* ¡Cuántos hombres, cuántas mujeres, cuántas jóvenes de ambos sexos fueron presa de ese extravío por haber dejado invadir su espíritu, mejor diremos, su ser entero, por el asedio sexual!

Al asedio hay que oponer el asedio. No se puede arrancar del corazón esa irresistible necesidad de amar y ser amado, propia del hombre; pero se la puede canalizar, elevar, espiritualizar. Trátase, pues, sin desviarla de su objeto, de procurarle un alimento más noble, una satisfacción más alta, mientras va llegando la edad de ejercer, en el instante dispuesto por Dios, todas las funciones humanas.

Esa desviación temporal, o, mejor dicho, esa sublimación del instinto sexual, esa substitución de la obsesión sexual por otra superior, es lo que se llama *educación del ideal.*

Y no tenemos derecho a engañar a los niños: el ideal llamado a canalizar el ímpetu de las pasiones no puede ser mentiroso; no sólo ha de ser verdadero, sino además hallarse en la línea de los destinos humanos, y ejercer su influencia aún transcurrida la juventud.

Por tanto, ese ideal no puede ser otro que *Dios, origen y término de toda vida humana.*

No reclaméis, Señoras y Señores, contra esta afirmación mía; concedo que existe, entre el amor divino y el amor humano, una considerable diferencia, caracterizada, entre otras, por el objeto concreto del amor humano y el objeto abstracto del amor divino; pero ambos nacen de la misma fuente y conducen al mismo término.

Y si el amor de Dios, presentado como ideal, es esencialmente abstracto, existe, para concretarlo, una multitud de objetos particulares, accesibles, según los diversos caracteres, al corazón de cada niño.

Por eso yo anunciaría del modo siguiente la educación del ideal: recordar al niño el valor de la vida; ponerle muchas veces ante los ojos que el hombre está aquí sólo por poco tiempo; que Dios es su origen y también su destino; que entre estos dos polos es deber suyo mantenerse fiel a Dios, amarle sobre todas las cosas y amar lo que El ama.

La más hermosa vida humana es aquella que, en su camino hacia Dios, hace mayor bien al prójimo: éste ha de ser el objeto, el ideal de la existencia.

Y cada uno es llamado, según su vocación, según su profesión, a hacer bien a su prójimo.

Para hacer bien al prójimo, es preciso llevar una vida noble, una vida pura, una vida de desinterés y de respeto.

Podemos ya, y hasta debemos, por jóvenes que seamos, pensar en hacer bien a los que nos rodean, y prepararnos así a realizar en más ancho campo todo el bien que podremos más tarde.

Aun mientras nos disponemos a ocupar en el mundo, gracias a nuestro trabajo y a nuestra honradez, un lugar digno de nosotros, debemos

también orientar nuestra carrera hacia el amor del prójimo y el bien que podamos hacerle.

En resumen: el cultivo del ideal se reduce:

1.° A desarrollar en la inteligencia y en el corazón del niño el conocimiento y el amor de Dios, cuyo precepto, práctica y ejemplo se halla en la adorable persona de Jesucristo y en la enseñanza de la Iglesia;

2.° A inculcar en el niño el amor del prójimo y la voluntad de esparcir el bien en torno suyo, a fin de hacer útil y bienhechora la propia existencia;

3.° A enseñarle a preparar su porvenir terreno, a disponerse, mediante el trabajo y la rectitud de vida, un lugar en este mundo;

4.° A moverle a tomar parte en las obras, asociaciones y organizaciones establecidas por la Iglesia, y concretamente por la parroquia, en el camino del cristiano, según su propia edad.

Paréceme que el ideal, así concebido, serviría de obsesión superior con que canalizar la obsesión sexual.

IV

El amor al trabajo

Acabo de decir que ha de atraerse la atención del niño hacia el honroso lugar que le está destinado en la tierra.

Voy más lejos aún, y declaro que, sin desencadenar su orgullo, puede despertarse en él una ambición legítima.

Y, para este fin, nada más necesario que inspirarle *un gran amor al trabajo:* este honesto acaparamiento de sus facultades tendrá, además, por resultado el absorber todo su tiempo y fijar su imaginación en fines dignos de él.

Ponderemos, pues, mucho, a los ojos de nuestros discípulos, la hermosura espiritual y moral del trabajo, sus beneficios desde el punto de vista del cuerpo y del alma, su necesidad para lograr buen éxito, su perfecta conformidad con el plan de la Providencia divina.

Citémosles ejemplos sorprendentes de grandes

hombres, bienhechores de la humanidad, que, salidos de cuna humilde, subieron a los más altos lugares, y fueron, gracias a un perseverante trabajo, modelo de ciudadanos y gloria de su patria.

Pongamos a su consideración las funestas consecuencias de la pereza, que conduce a todos los vicios, a todas las desdichas, a todos los crímenes y, a fin de cuentas, a la perdición eterna.

Raras veces sale vicioso un niño aficionado al trabajo; en cambio, un niño perezoso es casi siempre, por lo menos a partir del momento en que sus ojos se abren al misterio de la vida, víctima de costumbres impuras.

V

La energía moral

La pureza es, ante todo, una virtud sobrenatural: con ello quiero decir que no es posible guardar por mucho tiempo, en toda su integridad, esta difícil virtud sin el auxilio de Dios.

Pero, según acabamos de observar a propósito del trabajo, la disciplina sexual necesita también de virtudes naturales.

Y, entre ellas, corresponde el primer lugar a la *energía moral.*

He conocido a un joven que, por sus solas fuerzas naturales y por una especie de estoicismo orgulloso, había llegado a guardar, durante meses enteros, la perfección de su virtud: asociado a motivos y socorros sobrenaturales, semejante vigor moral saldría victorioso.

Es preciso, pues, por todos los medios desarrollar en el alma del niño la fuerza de voluntad.

Los medios forman legión: costumbre del tra-

bajo; regularidad en la hora de levantarse y acostarse; fidelidad al reglamento del día; silencio en clase; entusiasmo y energía en el recreo; participación en los deportes; valor para aguantar el frío en invierno y el calor en verano; fortaleza moral frente al dolor; privación de algún goce o placer; mortificación de una pasión; ofrecimiento de coste de alguna golosina al alivio de los pobres o al sostenimiento de una obra; imposición voluntaria de algún sufrimiento... y ¿qué sé yo cuántos más todavía?...

Un alma así templada sería capaz, si estuviese iluminada y sostenida por la gracia, de oponer a las solicitaciones de la carne una barrera infranqueable.

VI

La virtud de la lealtad

La virtud de la pureza, tal como están llamados a practicarla la mayoría de los hombres, no consiste necesariamente ni en la ignorancia ingenua, ni en la ausencia de toda falta.

Llega hasta a suceder que existen niños — desgraciadamente muchos — arrastrados al vicio por la iniciación brutal de un compañerito, o por la iniciación indirecta de malas conversaciones, y aun por el despertar espontáneo del instinto sexual.

Pero ni aun entonces está todo perdido: en su infinita misericordia, Jesucristo instituyó el sacramento de la Penitencia, para devolver a los hombres la amistad de Dios aniquilada por el pecado, y la alentadora conciencia de la paz recuperada.

Pero para ello se requiere, junto con el dolor y el propósito, la confesión leal del pecado.

Cuando el niño quedó vencido, por primera vez, por el atractivo del vicio impuro, surgió en su conciencia un conflicto tremendo y muchas veces decisivo entre la vergüenza de haber caído y la obligación de confesar su pecado: nadie se extrañará si afirmo que, a veces, ese conflicto termina en una triste derrota y que, a partir de aquel día, la vida del niño entra en una fase de incertidumbre, de malestar, cuando no de doblez, susceptible de acentuarse y de conducir a la larga a las más funestas consecuencias: espíritu de mentira y de indecencia, serie de sacrilegios, pérdida de la fe, total abandono en materia de impureza.

Para prevenir ese desastre, hay que enseñar al niño la *virtud de la lealtad*, que, a mi entender, es la más preciosa e importante de todas las virtudes morales.

Cuando sonará la hora inevitable de la crisis y vendrán turbaciones de conciencia y aun faltas positivas a poner al niño frente al deber imperioso de una declaración completa, si él aprendió en el conjunto de su vida a mostrarse leal, nada le costará hacer en el tribunal de la con-

ciencia la confesión necesaria, ni de pedir los consejos oportunos; en cambio, si su conducta anda tejida de dobleces, hay cien probabilidades contra una de que, como una flor marchita, su alma se cerrará, tal vez para siempre.

Esta es, pues, la virtud esencial que hay que cultivar en el alma del colegial: presentada bajo su aspecto caballeresco, la lealtad hácese agradable, no habiendo los niños aprendido aún los rodeos, truhanerías y perfidias de nuestra civilización decadente.

Y si la virtud de la lealtad es indispensable a los niños, lo es más todavía a las niñas.

Faltándome el tiempo necesario para indicar los medios de desarrollarla, dejo para vosotros, Señoras y Señores, el cuidado de reflexionar sobre este punto y de tomarlo entre vosotros como tema de discusión.

VII

Educación de la piedad

Me doy prisa para llegar a la *educación de la piedad*.

Según dijimos ya, la virtud de la pureza es imposible sin el auxilio divino: este socorro lo hallará el niño en la práctica fervorosa de la piedad.

La educación de la piedad exige, de parte del educador, en primer término, el buen ejemplo.

Servirá, pues, a su discípulo de modelo de una práctica religiosa sincera y ferviente: rezará la oración, al principio y término de las clases, con dignidad, convicción y devoción. No sólo asistirá el domingo a Misa — eso no hay que decirlo —, sino que además recibirá en ella la sagrada Comunión, con grande esmero en guardar un porte respetuoso y edificante; hablará de las cosas de Dios, cada vez que la ocasión se presente, con predilección evidente, y mostrará la suprema im-

portancia de la Religión en la vida del hombre; manifestará, en sus palabras y comportamiento, la mayor deferencia para con los ministros de Jesucristo.

Me permito, además, insistir sobre algún punto, que juzgo capital:

1.° Conviene iniciar al niño en la costumbre de la *comunión frecuente*, esto es, de aquella comunión cuya costumbre podrá guardar durante toda su vida: la comunión dominical. La comunión entre semana, excelente e infinitamente recomendable, será difícil, más tarde, guardarla de un modo regular.

El educador recordará, más de una vez al año, las condiciones de una comunión eficaz: estado de gracia, ayuno natural, disposiciones del corazón.

2.° Débese facilitar al niño la práctica del *sacramento de la Penitencia:* destruir todo temor, inspirar absoluta confianza. A este fin, importa inculcar la grandeza, la belleza, la facilidad de este divino instrumento de reconciliación; recordar que no es a un hombre, sino a Dios, a Jesucristo infinitamente bueno y misericordioso, a

quien se descubre el pecado; que es indispensable, para alcanzar el perdón, hacer una declaración sincera, y que, por consiguiente, nada debe ocultarse...

3.° El educador ha de enseñar con especial cuidado la *lección de catecismo*: ella ha de constituir el centro de la jornada, la hora o media hora mejor preparada, y también la más interesante; siendo así, no le costará nada al niño prestar a ella una atención sostenida. ¿Acaso no resuelve la Religión los problemas más graves y más íntimos que, ya desde entonces, se presentan a la conciencia de los niños?

Conviene, en esta explicación, atenerse menos a las fórmulas que a las cosas, menos a la letra que al sentido del dogma, e inculcar en el niño una idea práctica y viva de nuestra Religión.

Para este objeto, tenéis a mano métodos admirables, y el que escribió poco ha el abate Dupont, visitador diocesano, es una obra maestra...[1]

4.° Queda la explicación del *sexto manda-*

1. *Pour apprendre la Religion aux Petits*, por M. l'Abbé H. Dupont, inspecteur diocésain, Tamines, DUCULOT-ROULIN, 1929.

miento: concedo que esta lección de catecismo puede convertirse, para un educador, en verdadera pesadilla.

Pero no exageremos: si la cosa le parece espinosa, réstale al maestro el recurso de rogar a los sacerdotes que tomen a su cuenta el cumplimiento de este deber, o ponerse de acuerdo con el visitador diocesano acerca del método y gradación de la enseñanza.

Y si se ve reducido a usar su propio método y atado a la necesidad de explicar este mandamiento, podrán servirle los siguientes consejos que me parecen prácticos.

Es preciso: *a)* atenerse estrictamente a la explicación del texto;

b) dar esta explicación en términos delicados; guardarse de enseñar y hasta insinuar cosas o pecados que no concuerden con la tierna edad del niño;

c) no permitirse jamás por razón alguna ni en ninguna circunstancia practicar la iniciación al problema de la vida;

d) responder a las preguntas indiscretas con suma prudencia, en términos más bien generales

y vagos que precisos y concretos; o mejor, no tolerar que, en ocasión de esta explicación, se hagan preguntas; pero, en cambio, permitir que se propongan dificultades en particular;

e) si hay que hablar de los pecados contra este mandamiento, hacerlo en tono y términos perfectamente naturales, guardándose de disminuir la importancia de la falta, así como de exagerarla; en el primer caso, se la reduciría a la condición de bagatela; en el segundo, se haría demasiado difícil su declaración en el confesonario;

f) si hay duda o inquietud, dar el consejo de dirigirse a un sacerdote o a un confesor.

VIII

La vigilancia

Para formar al niño en la pureza, está además, el maestro llamado a ejercer un oficio muy importante, que algunos, a mi parecer, no toman bastante a pechos: el de la *vigilancia*.

Muchos padres, si no la mayoría, ignoran las precauciones concretas que importa tomar para guardar a sus hijos de toda corrupción; no saben situarse, por una suerte de transposición psicológica, en la mentalidad de los jóvenes y medir los peligros de su edad: hasta sucede que las peores cosas pasan sin que ellos se den cuenta. Así, por ejemplo, no se figuran los peligros en que la comunidad de cama pone a la virtud de los hermanos que duermen juntos; no sospechan los graves riesgos en que ponen a los niños cuando permiten jugar juntos sin vigilancia alguna a chicos y chicas, y aun a chicos solos, o a chicas solas, o cuando admiten en la casa compañeros o compañeras que sólo a medias conocen.

¿Diré que el maestro y la maestra son víctimas de esa misma ceguera? Sería exagerado.

Algunos, con todo, no parecen darse cuenta de que, por joven que sea, el niño está sujeto a las consecuencias del pecado original, y que la concupiscencia puede despertarse en él muy temprano; y pierden de vista la absoluta necesidad de una diligente vigilancia.

Si me lo permitís, daré algunos pormenores sobre las especiales circunstancias en que el educador tiene el deber de practicar esta vigilancia.

Digamos, en primer lugar, que es necesario saber que los niños, aun los más jóvenes, aun los de la escuela de párvulos, pueden haber sido corrompidos en su casa, o, por una circunstancia fortuita, haber ya contraído hábitos viciosos.

Recordemos luego que ha de ejercerse esa vigilancia inteligente sin aparentarlo y sin despertar recelos: por exceso de vigilancia, podría enseñarse a los pequeñuelos lo que no deben saber todavía.

He aquí, finalmente, reducidos a tres los casos particulares en que el educador está obligado a ejercer una vigilancia más circunspecta:

1.º *En clase*. Nunca debe el maestro perder de vista a sus alumnos, o volverles la espalda; si ha de escribir en la pizarra, lo hará sin volverse más que a medias, y dirigiendo con frecuencia los ojos a la clase. Conociendo a sus alumnos, sabrá cuál es el sitio de la clase que reclama preferente atención.

Nunca debe dejarse absorber, mientras explica la lección, por el libro que utiliza; durante el ejercicio hecho por el alumno, la toma de lecciones o el examen de la composición, no puede, so pena de exponer a tentaciones al niño vicioso, distraerse de la indispensable vigilancia para atender a una lectura o a un trabajo de escritura.

Ha de exigir a toda costa que los niños tengan las manos encima del pupitre, y mantengan durante la clase una actitud respetuosa. La negligencia en este punto es, cada día, ocasión de múltiples extravíos.

Si un alumno llega a tocarse de manera poco decorosa, el maestro, sin hacer alusión a la cosa, preguntará de repente al niño, el cual se tendrá así por advertido.

Llamo la atención de las maestras sobre el

caso de ciertas niñas que, sentadas en el extremo de un banco o en el borde de una silla, o aun por cierta agitación especial, se entregan a movimientos desordenados.

2.° *En el recreo.* El recreo es, para los niños dados al vicio, para los pequeños corruptores, ocasión ordinaria de ejercer su funesta influencia.

La estancia en los retretes ha de ser objeto de severa vigilancia: es allí donde algunos truhanes inician a sus camaradas en la costumbre del vicio.

Si es indispensable, para la salud del cuerpo y del alma, obligar a los niños a jugar, es absolutamente necesario el proscribir los juegos de manos y los juegos violentos en que hay facilidad y frecuencia de contactos corporales: algunos niños viciosos aprovechan estas circunstancias para permitirse, como si nada hiciesen, tocamientos perversos.

Finalmente, durante el recreo, en una entrevista misteriosa o en una conversación secreta, es cuando se propagan sin escrúpulo las iniciaciones en el vicio, los coloquios groseros, las pláticas corruptoras, en presencia misma del edu-

cador, que, por simplicidad o negligencia, nada hace para prevenirlos.

Son, por tanto, dignos de grave reprensión los maestros y maestras que, faltando a su deber de vigilancia, se dejan absorber, durante los recreos, por discusiones con colegas, por conversaciones con algún grupo de alumnos, por una meditación que los abstrae...

3.° *En la calle*. El ministerio del educador no se limita al recinto de la escuela: le queda un deber de vigilancia en la calle. Ponga, pues, atención durante las idas y venidas, sobre todo si acompaña a sus alumnos a la salida o a la vuelta a casa, en su actitud, en su porte, en sus gestos, en sus conversaciones, en sus compañeros: hallará, en esa observación, amplia materia para averiguaciones prácticas y para una acción bienhechora; podrá, de esta manera, dar un buen consejo, reprimir extravíos, prevenir peligros, separar camaradas cuyo trato mutuo haya de evitarse y, así, salvar inocentes.

IX

El maestro, consejero

Finalmente, el educador, que reemplaza a los padres, tendrá ocasión frecuente de *dar consejos*. Y entro ahora en el punto más delicado de mi discurso. Porque, ¿quién puede negar al educador el derecho de dar a sus alumnos, aun en materia de pureza, consejos apropiados?

Pero, ¿cómo darlos y en qué medida?

No es fácil la respuesta.

Hagamos antes una triple observación:

1.° El educador ha de evitar entrometerse nunca en la conciencia del niño: no está calificado para ello; abrir la puerta de su alma sin haber recibido misión — y ésta sólo la tiene el sacerdote — sería una indelicadeza y tal vez perturbar la conciencia del niño. Absténgase, pues, de toda indiscreción y guarde un infinito respeto a la intimidad de las conciencias.

2.° El educador — como dijimos ya — no ha de hablar nunca en público ni de cuestiones de pureza, ni de iniciación en el misterio de la

vida, ni de materias de conciencia relativas al problema sexual.

Cualquiera alusión a esos puntos no puede menos de intrigar, provocar curiosidades, suscitar conversaciones malsanas, y convertirse en causa de corrupción para toda la clase.

Con todo, eso no contradice lo que hemos dicho sobre la explicación del sexto mandamiento.

Pero el educador no ha de vacilar en inculcar en el alumno el respeto y la dignidad que habrán de dirigir su conducta ordinaria : la apelación al sentimiento del honor, sobre todo considerado en el ambiente de la vida cristiana, no puede menos de sugerir buenos y saludables pensamientos.

Así, pues, el maestro tiene el deber de recomendar a sus discípulos que huyan de los malos compañeros, de aconsejarles prudencia en la frecuentación del cinematógrafo, de inspirarles normas respecto a las lecturas,[1] etc. : todo eso entra de lleno en la misión del educador.

1. Recomendamos a la maestra suma prudencia en los consejos que dé a las niñas respecto a lecturas : son a veces hasta tal punto sentimentales que la lectura de cierta novela o aventura las lleva hasta el paroxismo de la excitación.

3.° En el ejercicio de sus funciones, no debe el maestro sentirse asediado por la memoria del sexto mandamiento, sufrir obsesión tocante a la cuestión sexual, tener una idea fija que le haga ver en todo pecados de impureza y le inspire deseos de intervenir a cada instante. Líbrese de esa preocupación: bástele atenerse al testimonio de lo que ven sus ojos, a la observación objetiva y directa. Aprenda en este punto a guardar su sangre fría y prefiera intervenir una vez de menos que una vez de sobra.

Pudiendo una primera observación, a menos de ser evidente, basarse en un error, más vale no considerarse convencido hasta una repetición cierta.

Dicho esto, *¿cuándo y cómo es llamado el educador a dar consejos en materia de pureza?*

Supongamos que el maestro averigua que un joven alumno, de 6 a 8 años de edad, se entrega a tocamientos deshonestos, a gestos perversos y aun a acciones impuras. ¿Qué hacer entonces?

Repitámoslo: nunca debe en público hacer alusión al objeto preciso de su observación. Si el delito se comete en clase, puede preguntar

al niño a quemarropa, o decirle : «¡ Fulano, ponte como debes !», o bien : «¡ pon las manos encima del pupitre !», o bien : «¡ está atento a lo que se explica en clase !» o bien, sencillamente, mirarle fijamente a los ojos. Eso respecto a lo que debe hacerse en público.

Pero después, si hay motivo grave o reincidencia, llamará a solas a su alumno, sin aparato y sin despertar la atención, por ejemplo, terminada la clase, y le dirá que el propio respeto pide que se eviten esas cosas, que sólo los niños mal educados las cometen, y que es necesario abstenerse de ellas.

No conviene, según parece, para niños de tan corta edad, apelar al argumento religioso más que cuando son capaces de alcanzarlo y si la malicia es evidente.

Otra cosa sería si el niño fuese más crecidito y capaz de entender la gravedad de su acto : convendría entonces, pero con un tacto perfecto, recordarle que Dios prohibe estas cosas, que constituyen pecado, y que tiene obligación de confesarlas.

Si la dirección de la escuela es sacerdotal o

religiosa, podrá el maestro limitarse a avisar a la autoridad, a menos que haya en ello indiscreción y que se le hubiese hecho alguna confidencia: eso le descargaría de toda responsabilidad.

Y, en todo caso, si se trata de hechos graves, y, en particular, de procedimientos de corrupción, hay que poner al corriente la dirección de la escuela.

¿Hállase alguna vez el maestro en el caso de practicar la iniciación en el misterio de la vida?

Generalmente, toca a los padres en primer término, o al confesor si lo juzga a propósito, el deber de la iniciación, y éste no obliga más que en caso de necesidad: el maestro y la maestra guardarán en este punto una prudente reserva y se prohibirán a sí mismos toda ingerencia en ese dominio escabroso.

Véanse, con todo, algunos casos que no son hipotéticos:

Supongo que un niño, llevado de su confianza, pregunta a su maestro, o a su maestra, sobre el modo como vienen los niños al mundo. ¿Qué se le habrá de responder?

Supongo que un niño, ayer todavía inocente,

ha aprendido de un pequeño corruptor nociones perversas y recibido consejos depravados. Su madre ha descubierto consecuencias de la iniciación, y viene a encontrar al maestro para rogarle que enmiende esos errores, pues ella no posee ni la ciencia, ni la tranquilidad de espíritu, ni el lenguaje indispensables.

Supongo que una niña ha llegado a la pubertad y que su madre pide a la maestra que ejerza en este punto su ministerio educador y le explique la razón de ciertos fenómenos.

Podrá el *maestro* obrar de la siguiente manera:

a) Si el alumno se dirige a él para saber cómo vienen los niños al mundo, o si juzga él que se le ha de instruir sobre este problema o sobre otros, puede, con mucha bondad, aconsejarle que se dirija a sus padres, o a su confesor, o a un sacerdote experimentado que él mismo le designará.

Lo más importante es asegurarse de que el niño seguirá este consejo y no recurrirá a algún compañero más instruído y perverso; pues, en este caso, más vale que el maestro se resuelva a hablar.

b) Si el niño ha sido ya pervertido y nada puede perderse con ponerle al corriente, deberá aún el maestro, si la cosa es posible, remitirlo a sus padres, o aconsejarle un sacerdote, o entonces, con menos escrúpulos, hablarle lealmente.

c) Si delante de Dios juzga que sólo a él incumbe el deber de iniciación, tendrá presente que en la elección de palabras habrá de reinar la mayor delicadeza, que conviene a todo trance situar la iniciación en el ambiente providencial, y que las nociones explicadas han de ajustarse exactamente a las necesidades del momento, sin traspasar las curiosidades ni la edad del niño; pues todo conocimiento inútil puede resultar causa de tentación.

La *maestra* podría obrar del siguiente modo:

a) Si se trata de un caso de conciencia, por ejemplo, de un pecado o de una duda sobre pecado, remitirá su discípula al confesor.

b) Cuando se trata de iniciación, o de la explicación de ciertos fenómenos, o de resolver cuestiones delicadas, como no es el sacerdote a quien toca proceder a esta enseñanza, si los padres (suponemos el caso de iniciación o ex-

plicación de ciertos fenómenos) piden que se instruya a su hija, podrá la maestra, si la discreción lo permite, remitir su discípula a la dirección de la escuela; o bien, cuando eso es difícil y no quiere la niña confiarse a otras personas, lo cual sucederá con frecuencia, la profesora procederá, con toda la discreción posible, a la iniciación necesaria.

Un principio que, en esas difíciles coyunturas, ha de inspirar la conducta del maestro y de la maestra, es el portarse con cada uno de sus discípulos como se portaría con sus propios hijos.

He terminado, Señoras y Señores; me excuso de haber presentado a vuestra consideración tantos problemas difíciles, cada uno de los cuales pediría una conferencia.

Os felicito de que estéis llamados, por vuestra profesión, al gran honor de formar caracteres, de educar hombres, de poner almas en el camino de sus eternos destinos.

¡Ojalá podáis comprender siempre la sublime belleza de vuestra noble tarea, y darle cumplimiento perfecto conforme a la voluntad de Dios.

INDICE

Págs.

PREFACIO 7

I. — COLABORACIÓN DE LOS PADRES Y DE LOS MAESTROS

Medios humanos positivos para la educación de la pureza 15
Medios humanos negativos para la educación de la pureza 27
Medios sobrenaturales para la educación de la pureza 47

II. — LA INICIACIÓN EN EL MISTERIO DE LA VIDA

Advertencias preliminares 59
¿Iniciación, o silencio? 63
¿Quién ha de hablar? 69
Lo que ha de evitarse en la iniciación. 73
Cómo ha de practicarse la iniciación 79
Esbozo de un método progresivo e idealizado. —
Primera etapa: Explicación de la maternidad. 89
Segunda etapa: Intervención del padre . . . 97
Remedios contra las iniciaciones perversas. . . 105

III. — DOS MÉTODOS DE INICIACIÓN

Págs.

Ensayo de iniciación por la explicación de la célula viva 119
Método de Foerster 133

IV. — OFICIO DEL MAESTRO Y DE LA MAESTRA

Necesidad de una educación temprana de la pureza 143
El buen ejemplo del maestro. 147
Educación del ideal 149
El amor al trabajo 153
La energía moral 155
La virtud de la lealtad 157
Educación de la piedad 161
La vigilancia 167
El maestro, consejero. 173

EDITORIAL EUGENIO SUBIRANA, S. A.
Puertaferrisa, 14 - Apartado 197 - Tel. 23025 - Barcelona

COLECCIÓN "AMOR, MATRIMONIO, FAMILIA"

VOLÚMENES APARECIDOS

AMOR, MATRIMONIO, FAMILIA, del Profesor Dr. P. Guillermo Schmidt, S. V. D.

Un tomo en 8.°, a ptas. 8 en rústica y 12 en tela.

A la luz de la Fe. PENSAMIENTOS CRISTIANOS SOBRE LA VIDA SEXUAL, por el P. Michael Gatterer, S. J.

Un tomo en 8.°, a ptas. 3'75 en rústica y 7'75 en tela.

HACIA EL MATRIMONIO. Para el tiempo del noviazgo, por el Rdo. P. Raúl Plus, S. J.

Un tomo en 8.°, a ptas. 5 en rústica y 9 en tela.

JUVENTUD Y PUREZA. Conferencias morales, por el Abate E. Morice.

Un tomo en 8.°, a ptas. 7'50 en rústica y 11'50 en tela.

GRAVE CASO DE CONCIENCIA EN EL MATRIMONIO. Su solución por la continencia periódica conforme el Método de Ogino, por el Rdo. Dr. D. Joaquín Mañá Alcoverro, Pbro., Ex Profesor de Teología, y el Dr. D. Eduardo Terrades Tintoré, Médico ginecólogo.

Un tomo en 8.°, a 9 ptas. en rústica y 13 en tela.

OFICIO DE LOS PADRES Y DE LOS MAESTROS EN LA EDUCACIÓN DE LA PUREZA, por A. Lemaire, S. J.

Un tomo en 8.°, a 7 ptas. en rústica y 11 en tela.

CONTRA LA APARICIÓN DE LA VIDA. Hechos y reflexiones, por el Dr. G. Clément.

Un tomo en 8.°, a 3'25 ptas. en rústica y 7'25 en tela.

PARA TUS VEINTE AÑOS. Guía moral de futuras esposas, por Monique Levallet-Muntal.

Un tomo en 8.°, a 8 ptas. en rústica y 12 en tela.

LA ARMONÍA CONYUGAL (Psicología del matrimonio). Conferencias dadas en la «Asociación del matrimonio cristiano», de París.

Un tomo en 8.°, a 9 ptas. en rústica y 13 en tela.